

Primer Premio Novela
Concurso Narrativa Juvenil
1995 - 1996

En un cuaderno grande y verde con una estrella en el centro, el pequeño Rafael se descubre como un escritor en ciernes, en compañía de un viejo cartonero, cuya sabiduría iluminará las aventuras y desventuras del niño con la fuerza del optimismo.



Editorial Don Bosco S. A.



9 789561 803770



odiseo

Gloria A. Alegría Ramírez

Mundo de Cartón

PRIMER PREMIO NOVELA



Editorial Don Bosco S. A.

EDB
Gloria A. Alegría Ramírez

Mundo de Cartón

Mundo de Cartón

Gloria A. Alegría Ramírez

Premio Novela

Concurso de Narrativa Juvenil 1995-1996

Comité Editor del Concurso de Narrativa Juvenil 1996

Guillermo Blanco Martínez, Jorge Díaz Gutiérrez, Maximino Fernández Fraile, Ernesto Livacic Gazzano y Miguel Moreno Monroy.

Diseño y Diagramación:

Norma Díaz

Editorial Don Bosco S. A.

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito del editor.

©1998 EDITORIAL DON BOSCO

Inscripción N° 104.187

Santiago de Chile

Derechos de edición reservados para todos los países por

© Editorial Don Bosco S. A.

Bulnes 35

Fax: 56-2-6815616

E-mail: edebe@iactiva.cl

Santiago de Chile

I.S.B.N. 956-18-0377-1

Se terminó de imprimir esta

PRIMERA EDICIÓN

de 2.000 ejemplares, en los talleres

de Imprenta Salesianos S. A.

Bulnes 19, Santiago de Chile,;

en junio de 1998

Con las debidas licencias.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

MUNDO DE CARTÓN

NOVELA

Gloria A. Alegría Ramírez



Editorial Don Bosco S. A.

*A María Luisa, mi madre, por su fe.
A Maribel, Pamela y José Ignacio.
A mi padre, por sus viajes a la fantasía.
Y a Pepe, por su paciencia.*

Viernes 15 de julio

¡Estoy contento! ¡Feliz! ¿Cómo no se me ocurrió antes? Tener un cuaderno para escribir todo lo que siento, todas las cosas que se me vienen a la mente. ¡Y tenía que ser idea del Tato! ¡Tato fantástico, el más fantástico de todos! Regalarme para mi cumpleaños el más hermoso cuaderno: uno grande, verde, con una estrella brillante en el centro.

Decidió que va a ser algo así como mi Diario de Vida. El Tato me dijo:

—¡Toma, para que no andes escribiendo tus cosas en cualquier papel. Para que las juntes, como en un libro!

¡Para eso será, porque yo voy a ser escritor! Eso es justamente lo que dice el Tato:

—¡Rafael, tú serás escritor!

Sábado 16 de julio

Puede decirse que ayer inauguré mi cuaderno. Y, aunque eso ya es pasado, quedó escrito aquí y puedo leerlo las veces que quiera.

Realmente me gusta. Sí. Es especial tener un cuaderno que no sea de la escuela. Mi mamá siempre me reta por ocupar los cuadernos de la escuela en cosas que no corresponden. Ahora ya no tendré que hacerlo. Este cuaderno es mío y en él puedo escribir todos mis secretos. Es muy difícil

tener algo que sea sólo de uno. Sobre todo cuando se vive en una casa con varios hermanos. Una chica de un año y medio que se llama Yenita y que todo lo toma; otro de cuatro que es el Huguito, mi regalón; yo, que soy el del medio, y mi hermana mayor, que tiene trece años y que se cree la súper grande, la Nilda, que en realidad se llama Cenilda, pero todos le decimos Nilda y hasta tiene unos amigos que le dicen Nil. Si sigue así, luego ya no va a existir más. Además de ser mi hermana, la Nilda es una envidiosa. Dice que el Tato es un viejo loco, y yo, más loco por juntarme con él. Todo porque ella no tiene un amigo especial. El Tato no es un viejo loco. Ni un pobre viejo como dice mi mamá. Sería pobre si anduviera todo el día triste o no tuviera nada que comer. Pero, no, él es feliz. Siempre se ríe y canta canciones de antes. Y en un mueble en la pieza donde vive, tiene montones de libros. Dice que los ha leído todos y que si tuviera plata se compraría todos los libros del mundo. Además es cartonero. Tiene su profesión. Yo creo que por eso mi hermana no lo quiere. Ella no sabe hacer nada y siempre le anda pidiendo plata a mi mamá. En cambio, el Tato tiene para comer todos los días y hasta para comprarse algunas cosas ricas y también para hacerles algún regalo a sus amigos. Y tiene una pieza donde vivir. Y un carretón grande para ir a buscar los papeles. Un carretón pintado de naranja con su número de patente: EF. 54.70

Domingo 17 de julio

En la mañana fui donde el Tato y le mostré que había comenzado a escribir en mi cuaderno, claro que le pedí que por favor no leyera lo que estaba escrito, pues eran cosas íntimas y secretos. Y como el Tato no es como la Nilda, que

se anda metiendo en lo que no le importa, lo hojeó sin mirar ni una sola letra. Luego me felicitó, me dijo que debía hacer algunas páginas de caligrafía para que después pudiera leer con facilidad lo que había escrito, y enseguida sacó de una caja que guarda debajo de la mesa, unas hojas con el rayado ese que hace doler la cabeza.

—¡Tato! —le reclamé.

Pero él me miró sonriendo y me dijo que para ser un buen escritor debía empezar por tener mejor letra.

—¡Bueno! —le dije, encogiéndome de hombros.

El Tato recoge todos los cuadernos que encuentra en las bolsas de basura. Después les saca las hojas que no están ocupadas y las guarda en una caja. También recoge los libros. Dice que es un crimen botar un libro, porque a alguien le debe de haber costado escribirlo. Y tiene mucha razón, porque yo, que estoy recién escribiendo mi Diario de Vida, ya siento que es difícil, primero, porque se cansa mucho la mano, y segundo, porque no siempre puede uno hacerlo tranquilo sin tener a alguien encima preguntándole qué es lo que tanto escribe.

Lunes 18 de julio

En la mañana me levanté temprano y en la tarde fui a la escuela. La escuela queda bien cerca de mi casa, en la misma población. Es grande, con muchas salas y también muchos profesores. Voy en Cuarto Básico. Debiera ir en Quinto o Sexto, pero el año pasado mi mamá me sacó de la escuela en que estaba, porque nos cambiamos de casa.

Ésta es la última semana de clases, después vienen las vacaciones de invierno. No me gustan mucho las matemáticas, las divisiones son un problema y las tablas de multipli-

car también. Pero le hice una promesa al tato y las promesas hay que cumplirlas. Tato, le dije, te prometo que voy a estudiar más matemáticas. El Tato me miró y después me dio la mano. El apretón fue grande. Y eso significa que no puedo defraudarlo, por mucho que prefiera el castellano. Soy bala para los dictados y las composiciones, aunque mi letra, como dice el Tato, no es muy buena!

—¡Y si te va bien con los números, me puedes acompañar a buscar cartones! ¡A lo mejor hasta podrías juntar plata para tus gastos! —me dijo, como si se le hubiese ocurrido de repente.

Así es que desde hace algunos días estoy estudiando más. El Tato prometió que él me va a ayudar.

Hoy, cuando salí de la escuela, me fui derecho a su casa. El Tato estaba afuera, en el pasaje, limpiando su carretón. Cuando me vio, agitó en el aire sus brazos. Tremendos los brazos del Tato. Largos y morenos. Al llegar a su lado me hizo un gesto con la boca para que mirara una ruma de papeles que tenía en la vereda. Sobre ella había un par de zapatillas.

—¡Son para ti! —me dijo sonriente— ¡Pero no vayas a creer que son nuevas: las encontré en una bolsa de basura y creo que te quedarán bien!

—¡Gracias, Tato, gracias! ¡Tú siempre sabes lo que yo quiero! —le dije, sacándome las zapatillas viejas y colocándome las nuevas.

Parece que al Tato le dio un poco de vergüenza, porque se le puso la cara más colorada de lo que la tiene y se quedó durante hartito rato bien callado.

Después le pregunté si durante las vacaciones de invierno podía ir con él a buscar papeles.

—¡Claro! —me dijo— ¡Será mucho mejor andar acompañado! ¡Y cuando vuelvas a clases, también!, siempre y cuando dejes tiempo para hacer tus tareas y estudiar y te saques buenas notas.

Así es que seguiré haciéndole empeño, como dice él. Y también continuaré haciendo mis caligrafías para mejorar mi letra. El jueves entregan la libreta. Me gustaría mucho que mi mamá la fuera a buscar para mostrarle al Tato mis notas, así él ve que yo tomo en cuenta sus consejos, porque últimamente no me he sacado ninguna mala nota.

Miércoles 20 de julio

Tanto que la Nilda critica al Tato, que parece que no tuviera otra cosa que hacer. Mi mamá también se pone bien pesada y a mí me da rabia y me termino yendo para afuera, o si no, me voy a la casa de mi amigo viejo.

Hoy fue un día de aquéllos. Salgo amargado de mi casa, pues me molestan por todo lo que hago. Y hasta por lo que no hago, también. Sobre todo mi hermana. Pero en la casa del Tato las cosas son diferentes. Hoy día salimos más temprano de clases, pues los profesores tenían reunión de consejo, así es que me fui volando a la casa del Tato. Cuando llegué, él estaba revolviendo con un palo un tarro de pintura verde.

—¡Tato, vas a pintar otra vez tu carretón!

—No —me dijo—, mi pieza.

¡Qué tarde más entretenida! El Tato me pasó una camisa bien vieja y me convertí en su ayudante. Pintamos toda la pieza por fuera. Las tablas son anchas, así es que no costó nada. El Tato le pintó la puerta blanca y el marco de la ventana también. Me dijo que mañana en la mañana llegara

bien temprano, que él no iba a trabajar y que así pintábamos la caseta del baño, y que si el domingo no llovía, podíamos pintar todo por dentro. Después nos sacamos la pintura con diluyente, nos lavamos con un jabón que tiene el Tato que es bien bueno y tomamos un rico té con pan con margarina.

Le conté a la Nilda lo bien que lo había pasado. Lo hice sólo para ver cómo se le achicaban los ojos de la envidia. A veces también me gusta molestarla para que sufra en carne propia lo que ella les hace a los demás.

Jueves 21 de julio

Una buena noticia. Con el Tato terminamos de pintar la caseta del baño y también la reja. Pintamos un palo verde y otro blanco y nos quedó bien bonita. Ésa fue mi idea y el Tato la encontró muy buena.

La mala noticia. Mi mamá no fue a buscar mi libreta. Dijo que tenía mucha ropa que lavar y que tenía que ir a dejársela a la señora mañana en la tarde y bien planchada.

—¡Si no la lavo ahora no se va a alcanzar a secar! —me dijo cuando yo le reclamé.

El Tato dice que mi mamá tiene que trabajar mucho para sobrevivir y que seguramente por eso no había podido ir a mi reunión. Pero a mí igual me da rabia: ¿por qué siempre yo tengo que quedar para el último? Primero está el trabajo, después la Yenita, después el Huguito, después la Nilda, que es la que se porta más mal, y yo no sé si tenga algún lugar en esta casa, porque parece que ya ni se acuerdan de que existo y, si lo hacen, es solamente para criticarme. Ahora mismo mi mamá está reclamando porque estoy escribiendo, dice que ya debiera estar dormido, pues mañana me tengo que levantar muy tem-

prano para ir a tomar hora en el consultorio, porque la Yenita está con fiebre.

Sábado 23 de julio

Hoy pasamos un tremendo susto. Mi mamá fue a la feria a comprar verduras y limones para hacerle limonadas a la Yenita, que sigue enferma, pero se tuvo que devolver, porque en el puesto de los pescados estaba atendiendo el Nelson. Dice que es terrible que justo tuviera que ir a trabajar a la feria que se pone tan cerca de la casa. El Nelson es el papá de la Yenita y del Huguito. Cuando vivía con nosotros, lo único que hacía todo el tiempo era emborracharse y pegarle a mi mamá. Yo y mis hermanitos despertábamos casi todas las noches con sus gritos y amenazas. Un día se fue y no volvió más, entonces mi mamá aprovechó para cambiarse de casa. Y nos vinimos aquí a esta población. La tía Viole le consiguió este arriendo, que no es muy caro. Hasta ahora habíamos estado tranquilos, pero yo no sé lo que va a pasar si el Nelson ve algún día a mi mamá o me ve a mí o a la Nilda, que para peor se lo pasa en la calle.

Fui donde el Tato y le conté. Dice que si el Nelson molesta a mi mamá, ella puede llamar a los carabineros.

Domingo 24 de julio

Hoy estuve todo el día en la casa del Tato. Pintando. Le echamos pintura blanca a la verde y nos quedó un verde claro. Con esa mezcla pintamos todas las paredes de adentro, eso sí, antes de hacerlo sacamos todas las cosas que el Tato tiene en la pieza. Su cama, su mesa y las tres sillas, un cuadro que el Tato dijo que era de la Última Cena del Señor

Jesús y un lote de cajas con papeles y libros. Le dije al Tato que por qué no ordenábamos también los cuadernos que tiene en las cajas. Pero me contestó que no, que eso lo haría él después. ¡Le quedó bien encachada la casa al Tato! Al final, cuando ya estaba todo terminado, le pusimos un plástico completamente transparente a su ventana y nos comimos unas empanadas que él compró en la panadería de la vuelta.

Mañana es el gran día. Comienzan las vacaciones de invierno y voy a empezar a trabajar con el Tato. Así es que me acosté en cuanto llegué, pues debo estar muy temprano en su casa. «A quien madruga, Dios le ayuda», me dijo sonriendo, mientras me hacía chao con la mano.

Lunes 25 de julio

Fui con el Tato a buscar papeles. Mi mamá ya lo supo, así que me dijo que me fijara bien en las bolsas, por si había algo que les pudiera servir a mis hermanos. ¡La mañana estaba bien helada, pero no me importó! El Tato, antes de salir, se toma una taza de té caliente. Me pidió que lo acompañara, mientras tanto aprovechábamos de conversar. ¡Es tan fácil conversar con él! Todo lo que uno dice, lo entiende. No como en mi casa. Mi mamá parece que no escucha cuando le hablo. Siempre anda callada y nerviosa, sobre todo ahora último que a la Nilda le ha dado con juntarse en la esquina con el grupito ese. Con el Tato anduvimos por muchas partes. Yo me sentí súper bien escogiendo los mejores papeles, conversando con él y saludando a los otros cartoneros. El Tato es amigo de harta gente. Conocí a Juanito, un amigo de él que es lechero. Con él conversamos un buen rato y el Tato le compró dos yogures, les hicimos unos hoyitos en la tapa y los fuimos chupando. El Tato se reía mu-

cho. Cuando se ríe le salta todo el cuerpo, se le ven los pocos dientes que le quedan y le da una tos con la que siempre se termina atorando. A veces me asusto, porque se pone morado y parece que nunca más va a poder respirar, pero después se calma y sigue hablando. Creo que por eso él es mi amigo, porque a él le gusta contar sus historias y a mí me gusta escucharlas.

Juanito, el lechero, me preguntó si el Tato era mi jefe, ya que yo iba a ser de ahora en adelante su ayudante.

—¡Claro! —le dije yo—, ¡él es mi Jefe!

Después terminamos todos riéndonos, sentados en la cuneta, porque al Juanito le encanta contar chistes. Y no nos daban ganas de seguir trabajando, porque el sol se estaba poniendo tibiecito y nos calentaba la espalda.

Miércoles 27 de julio

Lo estoy pasando súper bien saliendo a trabajar con el Tato. Lo único malo es el frío. En las mañanas muy temprano todo está helado, las plantas están escarchadas y el suelo amanece todo blanco. El Tato se pone un gorro de lana rojo y me dio a mí uno negro. Yo le pregunté por qué salíamos tan temprano y él me explicó que así debía ser, pues si no, después se llevan la basura los camiones de la municipalidad y nos quedamos sin nada. Mi mamá me pidió que le buscara algunos de esos tarros grandes de leche para colocar unas plantas que una vecina le va a regalar. El Tato me dio la idea de pintarlos. Y así lo hice. Junté tres tarros y los pinté con unos restos de látex que me dio mi Jefe. Uno blanco y dos verdes. Cuando se los entregué a mi mamá, ella se puso muy contenta. La Nilda también: dijo que estaban encachados.

Sábado 30 de julio

Harto trabajo hemos tenido con el Tato. En las mañanas, salir a buscar los cartones y papeles, ir desarmando las cajas para que así quepa más en el carretón, y en la tarde, como a las tres, ordenarlos, es decir, separar los cartones de los papeles y separar el papel blanco del de color y después ir a venderlos. Mi mamá a veces me reclama porque llego tarde a almorzar, pero yo le digo que el trabajo es el trabajo. Entonces ella dice que ojalá valga la pena. ¿Valga qué pena, digo yo, si para mí no es ningún sacrificio? ¡Todo lo contrario! ¡Ojalá no se terminara nunca el trabajo con el Tato! ¡Más encima que al Tato le gustan los berlines igual que a mí!

Martes 2 de agosto

No echo mucho de menos la escuela, sobre todo ahora que salgo a trabajar con el Tato. Bueno, debe de ser porque no tengo muchos amigos, como soy nuevo... Pero el Tato siempre me está diciendo que la escuela es más importante que el trabajo, porque lo que debe hacer un niño está en la escuela, como por ejemplo aprender de su país y de la historia de la humanidad, de los faraones egipcios y de las plantas, y así uno aprende a valorizar la naturaleza, y también en la escuela se aprende a tener amigos y compartir.

Viernes 5 de agosto

Y se fueron las vacaciones. El Tato me está enseñando a distinguir los papeles más caros. En dos semanas que llevo saliendo con él, he juntado cinco mil pesos, y eso que le he dado algo a mi mamá. Los papeles blancos y pesados son los

mejores. También es importante el lugar donde se venden. Hay algunos que pagan bien y otros que pagan mal. Pero el Tato conoce bien su negocio. Eso dice él que es lo suyo. Un negocio. Hoy salimos más temprano, porque mi Jefe pensó que posiblemente se iba a poner a llover a media mañana y se iba a arruinar todo el papel y las cajas de cartón que deja la gente. Y tenía razón. Como a las diez el cielo se puso negro y se nos vino encima la lluvia. Menos mal que mi Jefe andaba con un plástico para proteger el papel, porque si no, todo el trabajo se pierde. El Tato dijo que, si mañana no llueve, vamos a ir al otro lado de la línea del tren. Ahí donde las casas son más grandes y más lindas. Dice que aunque queda más lejos, conviene, porque las bolsas de basura son más grandes y casi siempre botan unas enormes cajas de cartón.

Me encanta salir con el Tato cada mañana. Él siempre me conversa y me pregunta por mis cosas. Hoy hablamos hart rato de la escuela. Yo le conté lo complicado que ha sido para mí estudiar, con todos los problemas que ha tenido mi mamá. Le dije que a veces no puedo hacer mis tareas tranquilo, porque mis hermanitos meten mucha bulla y mi mamá y la Nilda últimamente se lo llevan peleando por cualquier cosa. Entonces el Tato me dijo que yo podía pasarme a su casa de vuelta de la escuela y ahí estudiar en paz. Que él podía ayudarme cuando tenga pruebas. Así es que quedamos en que desde el lunes, después de la escuela, me voy a pasar a su casa.

Mi mamá todavía anda un poco asustada con lo del Nelson. El otro sábado me pidió que fuera a mirar a la feria por si lo veía, pero yo no vi nada. ¡Capaz que hayan sido puras imaginaciones de ella! En las noches le pone una tranc a la puerta y dijo que se iba a conseguir un perro para que

nadie pueda entrar al patio sin que nos demos cuenta. Sería bueno tener un perro. Siempre he querido tener un perro. Cuando el Nelson vivía con nosotros, me encontré un perro en la calle, yo estaba bien contento con él, pero cuando el Nelson lo vio, me dijo que lo fuera a dejar donde lo había encontrado, o si no, lo iba a matar. Mejor lo devolví. Pero nunca se me van a olvidar sus ojos de pena cuando lo dejé al otro lado de la cancha y le tiraba piedras para que no me siguiera. Más pena que me dio. Más encima que parece que era un perro chico.

Mi mamá y la Nilda siguen peleando. Todos los días lo mismo. La Nilda dice que ella no tiene por qué criar chiquillos que no son suyos, y se va para la esquina a juntarse con los amigos, esos que le dicen Nil. Cuando regresa, mi mamá la reta y le tira el pelo y la castiga diciéndole que no la va a dejar salir más, pero la Nilda le hace un respingo y se va para la puerta. A la puerta llegan sus amigos y después, de a poco, para que mi mamá no se dé cuenta, parte caminando para la esquina otra vez. A propósito de mi hermana, hoy me hice un escondite para guardar la plata que voy a ir ganando con mi Jefe. Sí, porque a la Nilda le gusta sacar lo que no es de ella. Aprovechando que estaba en la esquina, me fui al fondo del patio e hice un hoyo para guardar mi tarro con la plata. Al hoyo le puse un cartón encima, y más encima, tierra, y más, más encima, le puse un piso viejo que estaba tirado por ahí. Así, nadie lo descubre. Mi escondite perfecto.

Sábado 6 de agosto

Hoy no pasó nada importante. Mi mamá de nuevo me pidió que fuera a la feria a ver si estaba el Nelson, pero otra

vez no vi nada. Estoy casi seguro de que mi mamá se equivocó y vio a alguien muy parecido al Nelson. Y eso es lo que le digo, pero ella dice que lo conoce muy bien y que el que vio era el Nelson, con la cola esa que se hace atrás en el pelo y con las mismas poleras negras que usa siempre.

Lunes 8 de agosto

Hoy comenzaron de nuevo las clases. La profesora me entregó la libreta que mi mamá no fue a retirar. Dijo que debía llevarla firmada mañana sin falta. Tengo buenas notas en casi todos los ramos, menos en matemáticas, que recién estoy mejorando. Eso se lo debo al Tato. Él dice que no debo descuidar ninguna materia, que todas son importantes.

Jueves 11 de agosto

Ayer pensaba escribir, pero no pude. Otra vez hubo boche en mi casa. Mi mamá y la Nilda. Al final pagué el pato yo y todo porque estaba tranquilo leyendo un libro que se llama *Papelucho* y que me prestó el Tato. Mi mamá estaba tan, pero tan enojada, que parece que no tenía con quién desquitarse y me quitó el libro y lo tiró lejos. Menos mal que no se rompió, porque el Tato cuida mucho los libros.

A veces me dan ganas de irme, de partir corriendo lejos, lejos, y no volver jamás. Mi casa es un nido de problemas. Problemas por el Nelson, problemas por la Nilda, problemas por los niños que se enferman, problemas porque leo y porque escribo. ¡Creo que nunca jamás voy a tener hijos! ¡Lo que haré será vivir solo y escribir y escribir y escribir y escribir y leer y leer y leer!

El único que me da pena es el Huguito. Bueno, la Yenita también, pero como es tan chica no se da cuenta de muchas cosas, aunque con los gritos de mi mamá y la Nilda siempre termina llorando. El Huguito es el más parecido a mí. Es flaco y tiene el pelo oscuro como yo. Unos mechones le caen siempre en la frente. Duerme conmigo desde que nació la Yenita. En la noche yo me acurruco a su lado y siempre está calentito, lo abrazo y me da pena cuando me acuerdo de que el Nelson es su papá, y me da mucho miedo que el Nelson vaya a aparecer y le pegue como lo hacía cuando vivía en la casa. Yo creo que es el mismo miedo que tiene mi mamá, y que por eso está tan preocupada.

Me he puesto a pensar en una cosa. Mi mamá dice que mi papá nos abandonó a ella y a nosotros con la Nilda, y que después ella se vino a vivir a Santiago. A lo mejor sucedió todo igual que con el Nelson. Mi mamá ha tenido mala suerte. Recuerdo que cuando recién llegó a vivir el Nelson a la casa, yo estaba muy contento, porque iba a tener papá, pero nada resultó como yo quería. Fue peor que estar sin papá. Sólo sabía pegarnos. Y cuando se juntaba con unos amigos que tenía, era más peor todavía. Mi mamá tenía que correr a comprarle cervezas, o si no, ahí mismo la cacheteaba. Era malo. Al final, cuando se fue, me puse más contento que cuando llegó.

Mi mamá le dijo a la Nilda que la va a mandar a trabajar, pero mi hermana no le hace caso, porque mi mamá siempre la amenaza con lo mismo. Y se ríe en la cara de ella y, más encima, cuando le da la espalda le hace puras morisquetas.

P.D. Odio mi casa. Odio las peleas y los gritos. ¿Por qué no puede haber un día tranquilo?

Viernes 12 de agosto

Con el Tato descubrimos un lugar donde botan los papeles por montones. Parece que es una imprenta. Subimos tantos cartones y papeles al carretón, que casi no podíamos tirarlo entre los dos. De tanto esforzarse, al Tato le dio la tos de siempre y se tuvo que sentar a descansar en la vereda. Claro que después igual prendió un cigarrillo. Yo le dije que en la escuela la señorita había explicado que fumar hace mal para los pulmones y otras cosas.

—¡Ya estoy viejo para dejar el vicio!

Eso me contestó. Y creo que debe de ser así, porque yo tengo el vicio de escribir y no puedo dejarlo. Sigo pensando en que voy a ser escritor, pero un escritor pobre. ¿Será pobre o rica la señora que escribió *Papelucho*? Le pregunté al Tato, ya que él sabe tanto de libros y escritores, y me dijo que no sabía.

Escribir, escribir. Podría estar todo el día escribiendo y no me aburriría. Lástima que tenga que hacer otras cosas, como ir a comprar el pan o barrer la calle. Claro que ir donde el Tato sí que me gusta. Debe de ser porque con él converso de libros. El Tato sabe tantas cosas. La otra tarde me estuvo hablando de los egipcios y las pirámides y del río Nilo y los dioses, y estaba tan entretenido que no me da cuenta cuando ya se había hecho de noche.

Lunes 15 de agosto

Como hoy llovió, no fuimos a buscar papeles. Pero en la mañana partí igual nomás a la casa del Tato y estudiamos matemáticas. ¡Este Tato es genial! ¡Con él todo resulta tan fácil!

En la tarde fui a la escuela. Tenía hartas ganas de ir, porque me aprendí de memoria la tabla del cuatro y la señorita dijo que hoy la iba a preguntar. ¡Me fue súper bien! Claro que mientras estábamos en clases, no dejó de llover ni un solo minuto. Parecía que el techo de la sala se iba a caer de lo fuerte que retumbaba el agua, y fue tanto lo que duró la lluvia que se inundó todo el patio y las salas se terminaron lloviendo como si no tuvieran techo. Hubo un momento en que nadie sabía qué hacer. Las profesoras se quedaron mirando cómo el agua subía y subía metros por segundo, hasta que apareció el profesor de Inglés con unas botas y un poncho de plástico a salvarnos del diluvio. Comenzó a hacer hoyitos por todo el patio con un chuzo. Pronto el agua comenzó a bajar. Las profesoras aplaudieron felices y nosotros, también. Después, todo el mundo se fue a la cocina y nos sirvieron leche caliente.

El Tato tiene razón. Es entretenido ir a la escuela.

Martes 16 de agosto

Tampoco hoy recogimos papeles. La razón: sigue lloviendo y el papel mojado no sirve para nada. Además es mejor, porque el Tato sigue con su tos y no quiere tomar remedios. Mi mamá está bien simpática conmigo, por lo menos ya no me molesta tanto cuando estoy escribiendo en mi cuaderno. Claro que debe de ser porque como ya casi no paso en la casa...

En la escuela hubo problemas. Hay unos compañeros muy pesados que siempre molestan a los demás. Hoy les dio con molestar al *Guatón* Sepúlveda. El *Guatón* es un compañero que entró hace poco al curso, igual que yo, le dicen *Guatón* porque es muy gordo, también le dicen Rolo, por-

que se llama Rolando. Bueno, estos compañeros, el Luis y el Gerardo, comenzaron a darle empujones y a decirle bola de grana y esas cosas, y el *Guatón* se enojó y les tiró el borrador. Y le cayó justo al Luis en la frente. Y claro, el Gerardo agarró al *Guatón* por detrás y lo tomó de los brazos inmovilizándolo. Justo cuando el Luis le iba a pegar un combo al pobre Rolo apareció la señorita y los pilló. Y me pilló a mí dándole una patada en las canillas al Gerardo para que soltara al *Guatón*. La señorita dijo que era una vergüenza que nos comportáramos así. El *Guatón* casi se pone a llorar. ¡Ellos empezaron a molestar!, le dijo, entonces yo le dije a la señorita que ésa era la verdad. ¡Era justo que se supiera la verdad! Bueno, la señorita igual nos castigó a todos haciéndonos escribir en el cuaderno diez páginas con la frase «Los niños no deben pelear». Después, en el recreo, el Rolo estaba súper agradecido de mí y me dijo que le gustaría que yo fuera su amigo. Así es que ahora ya tengo un amigo en el colegio. Es simpático el *Guatón*.

Miércoles 17 de agosto

¡Por fin dejó de llover! Salimos a buscar papeles. Mi Jefe sigue con tos, pero dijo que no podía dejar de trabajar para siempre. Se puso un poco exagerado el Tato. Bueno, yo tampoco puedo dejar de trabajar, porque mi mamá se acostumbró a pedirme plata todos los días. En estos días la he estado sacando de mi tarro de los ahorros, pero ya no quiero seguir sacando más, porque estoy juntando para comprarme un libro que vi en el supermercado que queda allá, al otro lado de la línea del tren. ¡Un libro espeluznante de fantástico!

Viernes 19 de agosto

Terminé de leer *Papelucho*. Lo que no entendí bien fue el final, o sea, el asunto del basurero. Dice ahí que una persona encontró el diario y que lo mandó a una imprenta para que lo publicaran. Es decir, que la que dice ser la autora, ¿no es la autora realmente, sino una vulgar copiona? ¿A un niño llamado Papelucho le botaron a la basura su diario y después, sin su permiso, lo publicaron? Debe de ser terrible que a uno le pase algo así, y que después todo el mundo se entere de las cosas íntimas de uno y de su familia. En todo caso, tengo muchas dudas al respecto. Le voy a preguntar al Tato. Tal vez él lo sepa. Con el *Guatón* hablamos de esto en la escuela. Él también encuentra que debe de ser terrible.

A propósito de libros, el Tato me dijo que me iba a prestar otro en cuanto me sacara un siete en Matemáticas y terminara de hacer las hojas con caligrafía.

Me dieron ganas de contestarle que yo, con lo que ganaba, me podía comprar libros si quería, pero después me arrepentí, porque mi Jefe no se merece que yo le haga algo así. Quiero decir que no se merece que yo le quite la felicidad que le da prestarme sus libros.

En la tarde, después de la escuela, me encontré con una sorpresa. Mi mamá mandó a la Nilda a trabajar a la casa de la hermana de la señora a la que le va a planchar. Dice que mi hermana alegó un poco, pero que ella encuentra que para la Nilda eso es lo mejor, o si no, va a terminar siendo una vaga callejera.

Por un lado, yo me puse bien contento, porque la Nilda sólo sabe meter bulla, con la radio a todo volumen, y no me deja estudiar ni leer. A lo mejor sin ella la casa va a estar más tranquila.

Sábado 20 de agosto. En la tarde

Hoy le pregunté al Tato acerca del diario de *Papelucho*. **El** me explicó que la autora lo había escrito así y decidió **darle** ese final, pero yo igual sigo teniendo dudas. A lo mejor **fue** cierto que se lo encontró porque, ¿cómo una persona **grande** puede saber tantas cosas de un niño, si la mayoría de **los** grandes ni siquiera se acuerdan de cuando eran chicos? Lo digo porque, si se acordaran, seguro los tratarían mejor. Aunque también pienso que la autora debe de ser como el Tato y conocer a los niños, o a lo mejor tiene muchos, muchos hijos, y se los conoce de memoria. Y también, al final **pienso** que la autora no puede ser una tramposa y hacer algo así de feo, es decir, aprovecharse del diario de un niño, ya que es escritora y los escritores somos gente honrada.

El mismo sábado, pero en la noche

Yo no sé por qué, pero en la tarde anduve muy triste y es una tristeza que no se me pasa todavía. Mi Jefe me preguntó qué me sucedía y le contesté que nada, pero después me **arrepentí** de no decirle la verdad, pues él igual se da cuenta **cuando** ando triste y a lo mejor se sintió mal de que le haya **mentido**. Pero no sé. No tengo ganas ni de moverme. ¡Es extraño cómo nos cambia el corazón! Ayer, y en la mañana **incluso**, yo estaba bien feliz, a pesar de que mi mamá habla todo el día del Nelson, del puro terror que le da que se **aparezca**, pero de pronto me dio tristeza. Mi hermana chica **está** aprendiendo a decir algunas palabras. Mi mamá la besa y la abraza a cada rato. Entonces yo me pregunto: ¿por qué **las** mamás les dejan de hacer cariño a sus hijos cuando ya **están** grandes? Sigo pensando que en esta casa el único que

me quiere es el Huguito. Bueno, también me quiere el Tato, pero él es de fuera de mi casa. Aunque lo mejor del mundo sería que fuera de mi casa. ¿Cómo sería si el Tato se convirtiera en mi papá? Mi mamá ya no tendría que preocuparse del Nelson. Ya no le tendría tanto miedo.

Martes 23 de agosto

A veces resulta bien difícil llevar un Diario de Vida, sobre todo porque, siempre que me ven leyendo, me mandan a hacer algo. Pero me he hecho el firme propósito de escribir por lo menos dos veces a la semana. Eso es lo que dice el Tato: ¡las cosas resultan si uno se propone realizarlas!

Bueno, hoy por fin fuimos a buscar papeles allá donde las casas son más grandes y más lindas. El Tato me dijo que, además de cerrar bien las bolsas, dejara todo como estaba, porque por esos barrios son más quisquillosos. Estaba revisando unas bolsas de basura cuando una señora me pidió que le sacara unas cajas de la terraza. ¡Cuando entré no podía creerlo! Yo pensaba que casas así sólo salen en la tele. Había plantas muy grandes y la terraza era entera brillante con unas mesas con cubierta de vidrio y patas crespas y unas sillas iguales de elegantes. Y todo olía tan bien. Todo perfumado. La señora, después, me dio mil pesos. Y el Tato me dijo que era mi día de suerte y yo creo que era verdad, porque en la escuela me hicieron recitar una poesía que teníamos que aprendernos y me saqué un súper siete y la señorita me felicitó.

Viernes 26 de agosto

Dejé de escribir unos días, porque no tenía nada muy importante que contar, pero ahora sí que no puedo dejar de hacerlo. ¡Ahora somos tres! Estábamos con el Tato tomándonos nuestro té de siempre en la vereda, cuando se acercó a nosotros un perro. Chico, lanudo, medio crespo y también medio negro. Plomo, más bien. Nos quedó mirando con esos ojos de huevo frito con que miran los perros, y se puso a gemir.

—¡Tiene hambre! —le dije al Tato.

Pero mi Jefe se hizo el lesa y siguió comiendo su pan sin darse vuelta a mirarlo. Yo no aguanté y decidí darle la mitad del mío. Total, pensé, con un kilo de papel que venda me compro más. El pobre perro sí que estaba hambriento: se tragó el pan entero. Cuando decidimos seguir trabajando, comenzó a caminar detrás de nosotros y nos persiguió por cuadras y cuadras hasta que volvimos a la casa del Tato. Entramos y se quedó sentado afuera, cerca de la puerta. Fue entonces cuando el Tato me miró con esa cara toda colorada que tiene, se pasó la mano por el pelo y me dijo: «¿Lo adoptamos?». Así es que ahora somos tres. Bueno, después mi Jefe me dijo que deberíamos colocarle nombre y yo le puse Crespo, pero lo encontró muy fome, y después se me ocurrió Terry y me acordé de que aquí en el pasaje hay un perro con ese nombre.

—¡Tiene que ser un nombre muy especial, un nombre único, importante! —le dije al Tato, mientras ordenábamos los papeles.

Entonces me acordé del nombre Sultán. Sultán, igual a los reyes de los cuentos de *Las Mil y Una Noches*, esos que a veces leemos con el Tato. Le dije a mi Jefe: ¡Sultán se va a

llamar! El sultán es algo así como un rey, y de ahora en adelante mi perro será tratado como un rey. ¡Ya nunca más un perro vago, huérfano, ni hambriento, ni solo, ni golpeado! Cuando llegué a la escuela le conté lo de mi perro al *Guatón*. Da gusto tener un amigo como el Rolo, es muy educado, jamás te deja hablando solo o no te responde.

—¡Qué bien! —me dijo con su voccecita chillona—. A mí me gustan mucho los animales. Yo tengo un loro.

—¡Un loro! —exclamé, pues nunca pensé que el Rolo podía tener un loro en su propia casa.

—Sí —me dijo—. Y es verde, verde loro.

Me prometió llevarme un día a su casa para mostrármelo, pero a mí me da un poco miedo ir, porque el *Guatón* anda siempre tan ordenado y con su cotona bien planchada y su pelo engominado; en cambio, yo, siempre a medio vestir.

Después de ir a la escuela me fui a donde el Tato a ver a mi perro, pues en la tarde se quedó en su casa. Ya estaba completamente oscuro cuando me vine a mi casa, caminando con mi perro al lado. Y no me dio miedo que se me fuera a aparecer el Nelson, pues sé que el Sultán puede defenderme. Eso fue justamente lo que le dije a mi mamá cuando llegué:

—¡Mamá, traje un perro para que cuide que ningún extraño entre!

Claro que yo me refería al Nelson y mi mamá lo entendió al tiro, porque dijo que ella quería un perro grande que de verdad diera miedo, y no un quiltro insignificante como este perro, pero igual lo dejó y le dio unos restos de tallarines que quedaron del almuerzo y le puso unos diarios afuera para que durmiera. Yo creo que mi perro estaba realmente feliz, porque después de comer y cuando me senté a su lado, echó su cabeza en mis piernas y dejó que le hiciera cariño. Aunque sentía

bastante frío, igual me quedé hartito rato afuera acompañándolo. Le dije muchas veces que no se fuera a ir, ya que ahora él era el cuidador oficial de todos nosotros. Cuando me entré, me puse a escribir muy feliz, porque por fin tengo un perro. Y creo que también voy a dormir feliz y no hallo la hora de que llegue mañana para jugar un rato con él.

Sábado 27 de agosto

Hoy lo pasé súper, súper bien. Jugué y corrí todo el día con el Sultán. El Sultán parece que se cansaba mucho, porque anduvo con la lengua afuera toda la tarde. Creo que él está igual de contento que yo. Y yo sé por qué: porque por fin tiene una casa y un amigo que lo quiere.

Martes 30 de agosto

En este momento mi mamá está reclamando porque la ropa se demora en secar. ¡Cuándo llegará la primavera!, exclama cada cinco minutos. Aprovechando que mis hermanos están durmiendo, voy a escribir sobre algo que me parece muy importante.

Voy a escribir sobre mi amistad con el Rolo Sepúlveda. Me encanta tener un amigo en la escuela. Él me cuenta de su loro y yo le hablo del Sultán. A veces él lleva una pelota y jugamos a la pichanga en los recreos. Transpiramos hechos unos locos y el *Guatón* Sepúlveda más que todos. Así es que ahora me gusta mucho más ir a la escuela. Vivo rodeado de amigos. Ya casi no me importa no tener papá. Los voy a anotar en una lista para verlos mejor.

El Tato.

El Sultán.

El *Guatón* Sepúlveda.

También al *Guatón* le hablo del Tato y de mi trabajo, y al Tato le converso del *Guatón* y de su loro. Así, todo queda entre amigos.

Algo importante: antes de acostarme fui a contar el dinero que tengo en el tarro. ¡Ya me alcanza para el libro! Le pediré a mi Jefe que me acompañe a comprarlo.

Miércoles 31 de agosto

¡Claro, ayer no podía ser completa mi felicidad! En la noche, cuando ya todos dormíamos, sentimos gritos por el pasaje.

—¡Los pacos, los pacos! —gritaba el vecino.

No pasaron ni cinco minutos y entraron al patio de mi casa gritando que abriéramos, y que si no, iban a echar la puerta abajo. Mi mamá se puso un chaleco encima de la camisa con que duerme y corrió a abrir y entraron y rodearon la casa. El Huguito y la Yenita se despertaron y se pusieron a llorar. Y el Sultán ladraba todo alborotado, así es que yo lo tomé del cuello y le pedí que se calmara. Mientras los pacos revisaban por todos lados, mi mamá me dijo que no me preocupara, porque seguramente andaban buscando a algunos ladrones, pero igual me dio mucho miedo. Después vi cómo se llevaban a varios vecinos un poco mayores que yo, y hasta al Julio, que vive al frente y que tiene catorce años. Claro que mi mamá dijo que el Julio parecía que hacía tiempo andaba en malos pasos, y yo me acordé de que es uno de los amigos de mi hermana. Después que los pacos se fueron, se juntó toda la gente en el pasaje y algunas mujeres lloraban y los hombres decían que esto sólo pasa en

las poblaciones de pobres, porque a los pobres no se les respeta; otros decían que los pacos creen que porque somos pobres somos delincuentes, y otros decían que no había que ser mal agradecidos, que la policía andaba buscando a los que nos asaltaban a nosotros mismos, y se armó una terrible discusión, que casi se agarran a combos dos vecinos. Finalmente estuvimos a punto de llamar de nuevo a los carabineros para que vinieran a poner orden, como dijo Don Pedro, que es dueño de un negocio de aquí de la vuelta. Como a la hora después todo el mundo se calmó y se fue a dormir, pero en mi casa nadie durmió muy bien. El Huguito se lo pasó dando saltos en la cama. Mi mamá se daba vueltas de un lado para el otro y yo me puse a pensar que a lo mejor, cuando yo sea un poco más grande, también me van a llevar preso, y me dio mucho miedo crecer.

Viernes 2 de septiembre

El Tato me prestó otro libro.

—¡Toma! —me dijo—, por haberte sacado un siete en Matemáticas y por haber hecho todas tus caligrafías. Se trata de un niño como tú y de unos piratas.

¡Eso sí que me gustó! ¡De piratas! Seguro que con parche y todo y pata de palo.

—¡Gracias, gracias! —le dije, y al tiro me puse a leer la primera página.

Llegando a la escuela le mostré el libro al *Guatón*, pero él, después de hojearlo, cambió de tema y se puso a contarme de su loro y a preguntarme por el Sultán. A propósito, el Sultán está más bonito y también parece que más gordo, porque todos los días le compro pan. Cuando llego de la escuela, él corre

a encontrarme y las orejas se le van para atrás con el viento; después se para apoyándose en mí en dos patas y me pasa la lengua por las manos y, si me agacho, también lo hace por mi cara. Con él vamos a buscar papeles. El Sultán se va caminando al lado de nosotros y saca la lengua, y cuando me mira de lado pone los ojos blancos y como que da lástima. Ayer le pregunté al Tato cuánto tiempo viven los perros y él me contestó que a veces pueden vivir más de quince años. Entonces me acordé de que el *Guatón* quiere ser veterinario cuando grande, y si es así yo le voy a llevar al Sultán cuando se enferme, porque él va a ser un buen doctor de perros, ya que quiere mucho a los animales.

Domingo 4 de septiembre

Estoy leyendo *La Isla del Tesoro*. Lo hago cada vez que puedo, porque mi mamá, como siempre, me ve leyendo y me manda a hacer algo. Es tan fantástico, parece que soy yo el que está viviendo todas esas aventuras, y además Jim es tan valiente. Ojalá yo pudiera ser como él y defender a mi mamá del Nelson, aunque creo que no va a ser necesario, porque no lo hemos vuelto a ver.

Como es domingo, vino la Nilda a vernos y le pidió llorando a mi mamá que la saque del trabajo. Dice que los niños son unos pesados y que la señora la anda vigilando a cada rato. Mi mamá le dijo que iban a ver. Mi mamá siempre dice que va a ver y nunca ve nada. Pero eso le dijo, y también le dijo que el trabajo no era para pasarlo bien. Claro que yo les encuentro razón a las dos, porque debe de ser terrible vivir en una casa extraña con gente pesada con uno, y mi mamá está aburrida de que la Nilda no haga nada, que ni siquiera ayude en la casa y que se lo pase parada en la

esquina con sus amigos que le dicen Nil. Igual, cuando se fue en la tarde, yo le di un chocolate que le tenía guardado y ella me dijo que me portara bien y yo le dije ¡tú! Ella se dio vuelta y se puso a reír y se tiró el pelo para atrás y me hizo chao con la mano.

Lunes 5 de septiembre

Hoy decidí quedarme un rato más donde mi Jefe. Para poder leer tranquilo, sin tener a mi mamá interrumpiéndome a cada momento.

—Eso de llevarse leyendo es malo —me dice como en el aire—. Son puras fantasías que a uno se le meten en la cabeza. Los libros son para los ricos, porque en ellos aparecen cosas que uno nunca podrá tener. Además, son puras historias inventadas.

Le contesté que lo que ella veía en la tele también son historias inventadas y si acaso a ella no le gustaba verlas.

—Eso es otra cosa —me dijo.

—No lo sé —le respondí—, las teleseries también tienen que escribirlas y después las pasan por la tele.

Después me quedé muy serio para que se diera cuenta de su error, porque ella siempre cree que tiene la razón. También para que vea que a uno le da mucha rabia que le critiquen lo que a uno le gusta tanto hacer, sobre todo si es algo bueno como dice el Tato. Por eso es mejor que lea en la casa de mi Jefe. Él me deja tranquilo y también lee y me deja recostarme en su cama y hasta me compra berlines y prepara té caliente para los dos. Después me pregunta en qué parte de la novela voy y la comentamos. Y a veces me cuenta de lo que él está leyendo. Ahora lee algo de un hombre

que se despierta convertido en escarabajo. ¡Bien terrible debe de ser!

A la señorita de la escuela también le gusta que lea. El otro día me vio leyendo en el recreo y me dijo:

—¡Rafael Fuentealba! ¡Pero qué bien verlo leyendo! ¡Así tendrían que ser todos los niños de esta escuela!

Y me dio así como vergüenza y no le contesté nada. Pero después me sentí contento y me fui corriendo a la sala.

Miércoles 7 de septiembre

Hoy, por primera vez, el Tato se enojó conmigo. Sucede que me quedé dormido y no pude ir a buscar papeles con mi Jefe, así es que me fui a su casa a esperarlo. Como no tenía mucho que hacer, me puse a mirar todos los libros en su estante, aunque ya los he mirado otras veces. También miré unos cuadernos que el Tato tiene guardados en una caja, pero sin leerlos, porque sentí algo raro de estar mirándole sus cosas sin que él supiera, es decir, mirando sus cuadernos que parece que son Diarios de Vida y más encima me acordé de *Papelucho* y de mí, que también tengo secretos. Estaba guardando la caja otra vez debajo de la cama cuando entró mi Jefe. Al verme con la caja en las manos se apresuró a quitármela y se enojó muchísimo.

—¡No quiero que vuelvas a tomar esto! —me dijo casi gritándome— ¡Son cosas mías!

El Tato nunca se había enojado conmigo, y tanto, que hasta le dio su ataque de tos y se quedó muy callado. Entonces me puse a pensar que yo no me enojaría si él me tomara mi Diario, porque igual él sabe todo lo que me pasa. Y me dio un poco de pena y de rabia. Fue cuando el Tato me dijo que lo disculpara, pero que algún día me iba a contar de qué se trataba.

Jueves 8 de septiembre

Anoche sucedió algo terrible. Fue después que llegué de la escuela, como a las ocho de la noche. Mi mamá recién había acostado a la Yenita y el Huguito todavía andaba jugando, cuando el Sultán empezó a ladrar mucho y muy bravo. Mi mamá, que estaba cocinando, se asomó por la ventana para saber qué sucedía y me mandó poner la tranca en la puerta, que hacía días que no poníamos. Yo también me asomé por la ventana y vimos a alguien que se estaba subiendo a la reja: mi mamá dijo que era el Nelson, que ella lo conocía bien, así es que me quedara muy callado. El Sultán seguía ladrando más y más enojado, hasta que sentimos que alguien le dio una patada y lo dejó chillando. Me dio mucha pena y susto por mi perro, porque el Nelson es malo y hasta puede matarlo. De pronto empujaron la puerta, pero como estaba trancada no pudieron abrirla. Entonces empezaron a golpear muy fuerte y nuestras sospechas se hicieron ciertas cuando oímos la voz del Nelson.

—¡Ana, Ana! ¡Abre, si yo no te voy a hacer nada!

Mi mamá se puso blanca y se fue para el lado de la Yenita con el Huguito en brazos, y me dijo que no le contestara nada. Mientras tanto, el Nelson seguía gritando y golpeando la puerta.

—¡Abre, Ana, abre! ¡Si yo sé que estás viviendo aquí! —gritaba con esa voz de borracho de siempre.

Entonces sentimos que el Sultán comenzó a ladrar y a gruñir muy enojado otra vez, y el Nelson echó unos garabatos y le gritó a mi mamá que se iba a ir, pero que iba a volver y que no sacaba nada con esconderse, porque la iba a encontrar.

—¡Y si no me dejas ver a mis hijos, te los voy a quitar!

Eso fue lo último que escuchamos, mientras se iba por el pasaje y el Sultán seguía ladrando.

Después mi mamá me abrazó y se puso a llorar. Y yo sentí todo su cuerpo temblando y la vi pálida y ojerosa y me dieron unas ganas enormes de matar al Nelson.

En la mañana, cuando desperté, mi mamá ya estaba en pie y la tetera hervía sobre la cocina. Me pidió que me levantara a comprar pan y que fuera con el Sultán por si acaso se aparecía el Nelson, y que si pasaba eso me viniera corriendo a la casa. Mi mamá tiene miedo y yo también, pero yo trato de imaginarme que soy Jim y que el Nelson es el pirata cojo y entonces me da coraje y me siento valiente. Pero después me acuerdo de que todo esto es real, que todo lo que nos pasa es cierto, que de verdad mi mamá tiene miedo y que el Nelson es malo y se quiere robar a mis hermanos, y me da algo raro en el corazón y siento que voy a vomitar.

Después de tomar desayuno, mi mamá dijo que iba a salir con la Yenita y el Huguito a entregar una ropa, porque necesitábamos plata. Me pidió que la acompañara, así es que yo fui a buscar un palo al fondo del patio para pegarle al Nelson, si aparecía. Con el Sultán y el palo la acompañé hasta la micro y después me fui al tiro a la casa del Tato, porque me dio miedo quedarme solo en mi casa. Cuando el Tato me vio me preguntó qué me pasaba. Yo le conté lo del Nelson y el miedo que tengo de que se robe a mis hermanos. Pero el Tato me dijo que el Nelson no se los podía llevar, porque eso sería secuestro. Entonces, yo le dije que al Nelson no le importa nada ser secuestrador, porque él ya es muchas cosas malas.

Jueves en la noche

Estoy escribiendo en otra parte, no en mi casa. Cuando llegué de donde mi Jefe, mi mamá me dijo que mañana no iba a ir a la escuela, porque nos quedaríamos viviendo unos días en la casa de la tía Viole, que es una amiga de mi mamá, que vive muy lejos; es la misma que nos consiguió la casa y la misma que siempre se preocupa de mi mamá. Antes de partir le fui a dejar al Sultán a mi Jefe y él me prometió cuidarlo. Me da mucho miedo que tengamos que cambiarnos de casa de nuevo y me quede otra vez repitiendo el año. Claro, y el *Guatón* ya no sería más mi compañero. Tal vez nunca más volveríamos a vernos. Además, tampoco quiero separarme del Tato. ¡Sería horrible que pasara algo así!

La tía Viole es muy buena. Ahora están ella y mi mamá conversando sentadas a la mesa, tomando café. Mi mamá está muy preocupada y parece que la tía Viole también.

Viernes 9 de septiembre

Hoy me quedé solo en la casa de la tía Viole. Mi mamá y ella salieron llevándose a los niños, así es que aproveché de leer mi libro. Pero me siento muy raro sin ir a la escuela y sin ir a buscar papeles. Además, extraño tanto al Sultán y al Tato, que parece que fueran semanas y no un día que no los veo.

Domingo 11 de septiembre

Han pasado tantas cosas que no he podido escribir. Mi mamá, con la ayuda de la tía Viole, consiguió un nuevo trabajo. Va a cuidar la casa de unas personas que se van dos

semanas de viaje. Por lo tanto, este año no vamos a pasar el Dieciocho en nuestra casa. Mi mamá dijo que durante ese tiempo iba a ver qué podía hacer. Yo no sé qué va a pasar con nosotros. Y todo esto por culpa del Nelson. ¡Estábamos tan bien sin él! En todo caso, mi mamá dijo que yo podría seguir yendo a la escuela y también donde el Tato si quería, pero que me iba a tener que levantar más temprano.

Lunes 12 de septiembre

Hoy me levanté muy temprano y fui a buscar papeles con mi Jefe. Estaba muy contento de verme y me felicitó por ser trabajador. Me dijo que nunca había tenido un ayudante tan bueno ni tan responsable como yo. Creo que debe de ser verdad, porque me tuve que levantar súper temprano, como a las seis de la mañana. El Sultán también estaba contento de verme: movía la cola y saltaba encima de mí, mientras yo le hacía cariños en la cabeza y en el lomo. A la hora de almuerzo no fui a la casa de la tía Viole, sino que me quedé con el Tato y después fui a la escuela.

En la escuela, el Rolo me preguntó qué me había pasado y tuve que contarle todo con detalles, y el *Guatón* estaba tan espantado que los ojos se le ponían saltones. Me dijo que si el Nelson se metía de nuevo en mi casa, le avisara, porque él tiene un tío carabinero.

La señorita me dijo que yo iba a ser el encargado de recitar un poema para el acto de Fiestas Patrias, así es que ahora lo estoy estudiando y ya lo he repetido cinco veces y casi me lo sé. Y el Huguito se ríe cuando yo lo digo en voz alta.

Miércoles 14 de septiembre

Mañana en la mañana nos vamos a la casa que mi mamá va a cuidar, así es que ella con la tía Viole están arreglando algunas cosas. La tía Viole es muy cariñosa y yo la quiero mucho; ella ha sido muy buena con nosotros y además le dice a mi mamá que es una gran cosa tener un hijo como yo, que trabaja y estudia al mismo tiempo. Parece que mi mamá no halla qué decirle, se ríe nomás. Pero yo creo que a ella le gusta tener un hijo trabajador.

Ya me aprendí mi poema y estoy muy contento por eso.

Viernes 16 de septiembre

Ayer no pude escribir. Tuve mucho que hacer. En la mañana nos vinimos a esta casa y en la tarde fui a la escuela y después pasé un momento donde el Tato. Menos mal que tengo que tomar una sola micro. Mi mamá dijo que tenía que andar con mucho cuidado, porque el Nelson puede estar buscándonos. En la noche andaba con mucho sueño, así es que me dormí inmediatamente. Esta casa es muy linda y también muy grande y tiene jardines por todos lados. Mi mamá no nos deja ir a mirar las piezas y tampoco sentarnos en los sillones, porque todo es muy elegante. Pero ayer en la noche, mientras mi mamá aprovechaba de bañar a mis hermanos en una tina súper grande que hay en el baño, fui a mirar por el pasillo. Abrí una puerta y entré en una habitación enorme. Tenía una mesa muy elegante con una máquina de escribir y sobre ella unos papeles, y en las paredes había estantes con muchos, pero muchos libros. ¡Libros con tapas gruesas, de cuero y brillantes, y algunas con letras como de oro! Tantos, que me dieron ganas de sacarlos y leerlos y

de verdad que saqué uno para mirarlo y leí algunas páginas, pero después lo dejé donde estaba. Y habría seguido mirándolos uno por uno, pero me arrepentí, porque mi mamá podía pillarme. Entonces pensé: bueno, cuando yo sea grande y sea de verdad un escritor, voy a tener tantos libros como hay en este estante y a lo mejor más, y voy a leerlos todos y me voy a quedar toda la noche viéndolos y nadie me va a retar, porque van a ser míos. Si el Tato estuviera aquí... Cada vez que pueda me voy a venir a mirar los libros, pero sin que mi mamá sepa, porque, si no, me va dar una buena coscachada. Lo bueno de esta casa es que uno puede andar y ni se escuchan las pisadas, porque es toda alfombrada, así es que puedo escaparme a la pieza de los libros sin que nadie lo sepa. De repente me da miedo tocar algunas cosas, porque las puedo manchar. La pieza que nos dejaron a nosotros tiene un camarote, el Huguito y yo dormimos arriba y mi mamá y la Yenita abajo. Al lado está el baño, que es todo blanco y tiene una ducha con agua calentita. Yo me baño dos veces, porque el agua es súper rica. Muchas casas vecinas a ésta ya han puesto sus banderas. Mi mamá dice que, aunque no estemos en nuestra casa, igual vamos a celebrar el Dieciocho.

Hoy fui a la escuela y pude decir mi poesía y todos los niños aplaudieron. Algunos compañeros bailaron cueca y también un baile que se llama «trote», y los profesores nos regalaron banderas de plástico y bebidas. Pero yo tengo harta pena, sobre todo porque el Rolo me contó que iba a salir con su papá y con su mamá al parque a ver los desfiles. Y no es por envidia, porque yo no siento envidia de que el *Guatón* tenga a su mamá y a su papá y lo lleven a pasear. Es sólo que a uno, a veces, también le dan deseos de tener una familia. Es sólo pena. Sólo eso.

¡Tato! ¿Por qué no eres tú mi papá? ¡Sería todo tan diferente! Ya no tendría más miedo. Pero es imposible. Cuando se lo propuse a mi mamá, sólo se rió y el Tato dijo que ya estaba viejo para el matrimonio. Pero que igual él me quería como un hijo, sin necesidad de casarse con ella.

Martes 20 de septiembre

Para el Dieciocho vino la tía Viole y nos trajo unas empanadas. Yo fui a la casa del Tato y en la tarde salimos a la cancha. Pero yo estaba asustado de encontrarme con el Nelson, así es que fue poco rato. En la cancha se va a instalar un circo. Ya están llegando camiones con palos y carpas y jaulas con perros. Me sentí contento cuando, desde una camioneta, con un altavoz comenzaron a hacer propaganda.

—¡Niños y niñas! ¡Ha llegado el famoso circo de los hermanos Varela! ¡Vengan todos a ver a sus fabulosos artistas, a sus payasos, trapeceistas, magos y perros amaestrados! ¡Señor y señora, no se lo pierda!

Toda la gente puso atención y grupos de niños se fueron corriendo y gritando detrás de la camioneta, que se perdió por las calles de la población.

El Sultán está más grande y me gusta que se ponga tan contento cuando me ve. Es un gran amigo verdadero.

Mi mamá salió otra vez, así es que de nuevo me tuve que quedar con el Huguito, pues ella necesitaba hacer unos trámites y es mucho trabajo andar con los dos niños a cuestas. Es decir, subiendo y bajándose con ellos de las micros y, más encima, esperando en las oficinas donde tiene que ir. Por eso no fui a trabajar, pero mañana sí que voy a ir sin falta. Y de la escuela, nada, porque estoy de vacaciones de Fiestas Patrias.

Viernes 23 de septiembre

Como la Nilda no salió para los días del Dieciocho, le dieron libre todo el fin de semana y se quedará aquí con nosotros. Mi mamá dijo que ella iba a dormir con el Huguito y yo en el suelo. ¿Por qué siempre la preferencia? ¿Cómo a uno no le va a dar rabia? El suelo no es tan blando que digamos, y además, yo estoy acostumbrado a dormir con el Huguito y me da frío dormir solo. Bueno, la Nilda parece que ya está acostumbrada a su trabajo, porque llega bien feliz mostrándole a mi mamá una ropa casi nueva que la señora le regala. También trajo una ropa de niño que le queda súper bien al Huguito. Claro que la intrusa se pasea por toda la casa, aunque mi mamá le dijo que no se metiera por las piezas. Empezó a decir a cada rato que la casa en la que ella trabaja es más grande y más linda que ésta, y que se nota que sus patronas son más elegantes. ¡Ahora resulta que se cree la muerte por cosas que no son ni de ella! Eso le dije yo. Entonces la Nilda levantó los hombros y se fue cantando para la cocina y abrió la puerta del refrigerador y se comió una manzana que mi mamá tenía para la Yenita.

Domingo 25 de septiembre

La Nilda ya se fue y qué bueno, porque ya me tenía aburrido. Más encima, el otro día me pilló mirando los libros y fue y le contó altiro a mi mamá, y se hizo la inocente diciendo que había escuchado unos ruidos, cuando ella también andaba tocando y mirando todo, más que yo, que sólo quería leer. Como siempre, las injusticias de la vida: a mí me pegaron y a ella nada, porque queda como la Santa Nilda. Mi mamá de nuevo va a salir mañana en la mañana y otra vez

me tengo que quedar con el Huguito. Yo no sé qué le pasa a mi mamá, que se lo lleva saliendo. Lo único que yo sé es que estoy aburrido de estar en esta casa. Todo me queda lejos. No puedo ir cuando quiero donde el Tato, y ya no soporto las ganas de que me acompañe a comprar mi libro al supermercado. Pero con tanto ir de allá para acá, no tengo tiempo. Ojalá llegue luego el jueves, que es el día que tenemos que irnos. Claro que mi mamá, cuando se acuerda, se pone muy nerviosa. Pero yo creo que el Nelson ya se debe de haber cansado de buscarnos y seguro piensa que de nuevo nos cambiamos de casa.

Lunes 26 de septiembre. En la mañana

Por fin una nueva semana. Por fin voy a ir a la escuela. Estaba muy aburrido. Y por fin vamos a regresar a nuestra casa y voy a poder pasar mis días con el Tato. Estos días han sido una desgracia.

Lunes en la noche

Hoy fui a la escuela, pero en la mañana no pude ir a trabajar, porque mi mamá tenía que salir de nuevo. Me dio pena no poder ver al Tato, pero, en la tarde, cuando iba camino a tomar la micro, me encontré con él, nos dimos un abrazo súper grande y aproveché de contarle que el Rolo me había invitado para su casa este sábado, porque así fue.

—¡El sábado te espero! —me dijo el *Guatón*—. Mi mamá me dio permiso para invitarte!

—¡Claro! —le dije, porque no hallé qué más decirle. Se me puso algo raro en el estómago.

El Tato se alegró mucho y me dijo que cuando uno va de visita tiene que hacerlo muy limpio y ordenado, y que debía comportarme como un caballero.

—Tienes que esperar a que te ofrezcan —me dijo muy serio—. Aunque el pan y el té ya estén servidos. Y nada de comer como desaforado.

Pienso que se me van a olvidar todas las cosas que él me enseña, pero haré lo posible por recordarlas. No quiero que el Rolo pase una vergüenza en su propia casa, y más encima por mi culpa. Estoy tratando de imaginarme a la mamá del *Guatón*. Debe de ser gorda como él, gorda y colorada.

Miércoles 28 de septiembre

Esto de la invitación del sábado me tiene bien preocupado. Hoy estuve lavando mis pantalones de mezclilla y mi camisa celeste. Mi mamá me preguntó por qué estaba lavando mi ropa y yo le dije que tenía una invitación para el sábado.

¡Ah! —me dijo, y se fue a hacer sus cosas, es decir, a lavar la loza.

El Tato dice que la pobreza y la mugre no tienen por qué ir de la mano. A propósito de pobreza, el otro día, antes de que nos viniéramos para acá, estuvimos conversando de eso hasta bien tarde.

—¿Sabes? —comenzó a decirme—, muchas personas no se dan cuenta de que hay distintas maneras de ser pobres. Green que los pobres son sólo los que andan mal vestidos o pasando necesidades.

—¿Y no lo son? —le pregunté yo—, porque, por ejemplo, nosotros mismos somos pobres: mi mamá siempre le

dice a la Nilda que nosotros no podemos andar comprando leseras, porque somos pobres.

—Sí, es cierto —me dijo el Tato—, pero más pobres son los pobres de corazón, aquellas personas que no se dan cuenta del sufrimiento de los demás. ¿Sabes tú que el que comparte nunca es pobre? Sí, porque compartir te hace rico. Rico en amigos. Amigos como tú y yo.

Después, se paró y fue a buscar dos tazas y comenzó a servir té.

—¿Ves? —me dijo— ¡Mira cómo somos de felices nosotros compartiendo lo que tenemos!

¡Echo tanto de menos conversar con mi Jefe, así tranquilo, sin ningún apuro de tener que tomar micro y venirme para acá! Cada día me gusta más conversar con mi Tato. Él habla conmigo como si no tuviera otra cosa que hacer. Se sienta en su silla favorita, la de mimbre. Cuando hace frío, enciende el brasero y prepara té o café caliente. A veces yo compro pan o galletas de esas que hacen en la panadería de la vuelta, y nos instalamos. Podemos hablar horas y horas, y sentir que la lluvia cae afuera y que los niños gritan y los perros ladran. No importa, nosotros estamos tan bien adentro. Y, más encima, con el Sultán echado a nuestros pies.

Ahora mi mamá está conversando con la tía Viole, que vino a vernos. Y parece que algo malo pasa. Mi mamá tiene una cara muy rara.

Otra vez miércoles en la noche

Mañana no volvemos a nuestra casa. Nos vamos otra vez a la casa de la tía Viole. ¡Y yo que estaba tan contento! Pero mi mamá dice que no podemos arriesgarnos a volver tan luego: el Nelson puede estar vigilándonos. No. Hasta que

todo esté solucionado. Yo no sé cómo vamos a solucionar este problema, porque mi mamá no puede vivir arrancando siempre del Nelson. Ruego no tener que irnos otra vez de la casa donde vivimos ahora. Antes no me importaba tanto, pero ahora sería terrible tener que dejar mi casa, la escuela, al *Guatón*, al Tato y a mi perro. Mientras más lo pienso, más terrible me parece.

Viernes 30 de septiembre

Otra vez estamos en la casa de la tía Viole, pero no es tan malo, porque a ella le gusta hacer cosas ricas de comer y ahora nos hizo unas sopaipillas, porque está lloviendo. Y mi mamá le dice que no gaste su plata en nosotros y que no se moleste tanto. Pero la tía Viole le dice que es un gusto y que para qué quiere ella ahorrar plata si no tiene hijos que alimentar.

Bueno, mañana es el gran día. El *Guatón* me dijo que no me fuera a olvidar de su invitación ¡Seguro! Me ha tenido más preocupado... ¡Hasta el Tato está preocupado! ¡Y me voy a dormir! Hoy me cansé mucho en mi trabajo, porque había muchos papeles, y además mañana me quiero levantar temprano para bañarme bien bien bañado, e ir muy limpio donde el Rolo.

Sábado 1 de octubre

Hoy ha sido un día feliz. A pesar de que mi mamá estuvo llorando anoche, hoy fue un día feliz. Y quiero escribir todo lo que ha pasado. Todo, sin olvidar ningún detalle. Además, mi Jefe siempre me dice que para ser

un buen escritor debo fijarme muy bien en los detalles. Muy bien, para después poder narrarlos.

Mi mamá y la tía Viole se levantaron bien temprano. Mi mamá preparó el desayuno con las sopaipillas que quedaron de ayer en la noche. Yo me levanté y me fui a lavar. Junté agua en un balde, me enjaboné todo entero, hasta me eché champú en el pelo y me tiré el agua desde la cabeza hasta los pies para quedar bien enjuagado. Me refregué con la toalla para que se me calentara de nuevo el cuerpo y envuelto en ella volví a la pieza a buscar mi ropa para vestirme. Y me encontré con una sorpresa. ¡Mi mamá también se había levantado temprano y me la había planchado! Me dieron ganas de abrazar a mi mamá, pero no hice nada de lo puro bruto que soy, porque no me atrevo a decir nada cuando estoy contento. Me vestí y me miré en el espejo. Cuando mi mamá me vio, se rió con la tía Viole y me preguntó adónde iba. Le conté que a la casa del Rolo Sepúlveda, un compañero de curso que vivía en la misma población que vivimos nosotros, pero como a diez cuadras de la casa. De todas maneras, ella me pidió que le diera la dirección, por si acaso, y me dijo que no volviera muy tarde. Se la di y también le dije que la invitación era para ir a tomar once, así que iba a salir después de almuerzo. Mi mamá y la tía Viole se rieron y me dejaron tomando desayuno con el Huguito.

Como a las tres partí a la casa del Rolo, ya que la invitación era a las cuatro. Tomé una micro que me dejó a pocas cuadras de su casa, tal y como el *Guatón* me lo había dicho. Y caminé hasta la esquina de su pasaje. El Rolo me estaba esperando con las manos en los bolsillos y bien arreglado. Cuando me vio, se puso muy contento y corrió a encontrarme.

—¡Hola! —le dije— ¡Ves que vine!

—¡Sí! —me contestó—. Estaba preocupado. ¡Vamos a la casa!

La casa del *Guatón* es más grande que la mía y no es sólo de madera. La parte del baño y de la cocina está hecha de ladrillos. Es celeste y tiene una reja de fierros negra. ¡Qué bonita! Así podría ser mi casa. Tiene además un jardín con muchas plantas y algunos árboles.

Al llegar, el papá del *Guatón* nos abrió la reja. Yo no pensé que también iba a estar el papá. Es un señor alto y muy delgado. Tiene un bigote muy fino y se peina con gomina igual que el *Guatón*.

—¡Hola, jovencito! —me dijo estrechándome la mano—. ¡Así que usted es el famoso Rafael! ¡Qué bien que haya venido! ¡Pase! ¡Pase! La mamá de Rolandito lo está esperando.

Al entrar a la casa uno se encuentra con el comedor. Tiene una mesa y cuatro sillas y todo está muy ordenado. Tiene además un piso de tablas muy brillante. La mamá apareció por una puerta que después supe que era de la cocina. Y fue una gran sorpresa verla. No es ni gorda ni colorada. Tampoco es flaca como mi mamá. Es mediana. Ella salió secándose las manos en su delantal y tiene una cara muy simpática, el pelo más o menos corto y parece que se ríe todo el tiempo, aunque esté seria.

—¡Hola, mijito! —me dijo sonriendo— ¿Y cómo llegó?, ¿bien?

—¡Sí! —le dije, algo atragantado de los puros nervios nomás.

Después, la mamá nos mandó a jugar y el *Guatón* me llevó a conocer a su loro. Y ahí estaba el loro, en la pieza del Rolo tal y cómo él me había contado: verde, completamente verde loro, y decía «cara de huevo» cada tres minutos. Nos quedamos jugando con el loro y con un rompecabezas sú-

per grande y con un tren con línea y todo, y lo más sensacional es que el *Guatón* tiene su propia pieza y más encima con puerta, y él la cierra y nadie lo molesta ni lo interrumpe cuando está pensando. Y tiene su cama para él solo y un velador donde guarda sus zapatos y deja sus revistas. Además, tiene una ventana que da al patio, donde hay un ciruelo con flores blancas.

Ya me estaba comenzando a dar hambre cuando la mamá nos llamó a tomar once.

¡Qué fantástico! Había pan con queso y también con manjar y un gran queque al centro de la mesa.

—¡Siéntese, mijito! —me dijo la mamá. Y fue a buscar al papá, que todavía estaba en el jardín.

Y junto con el papá llegó un tío del Rolo que también fue a visitarlos. Es bien parecido al papá, sólo que usa lentes y es un poco más viejo. Y además tiene taxi.

Nos sentamos todos a la mesa y yo pensé que los demás tenían la misma hambre que yo, porque a mí me sonaban las tripas y no hallaba qué hacer para silenciarlas. Y esperaba la tan anhelada orden cuando, de pronto, el papá del Rolo agachó la cabeza y se puso a rezar y a dar gracias a Dios por lo que había en la mesa y por las visitas y especialmente por mí, que era la primera vez que visitaba su casa. A mí me dio una cosa rara, porque todos cerraron los ojos y yo no sabía qué hacer, pero cuando terminó y todos dijeron «amén», me sentí algo aliviado. La mamá cortó el queque en tajadas y dijo «¡Sírvanse!», así es que yo saqué altiro un pedazo y el papá del *Guatón* me puso otro en el plato.

—¡Tome otro, pues! —me dijo muy contento— ¡Son para comerlos!

De ahí en adelante me sentí confiado. El papá del Rolo es muy simpático, siempre hace bromas y chistes, y la mamá

es muy amable. Después de tomar once, el tío del Rolo, que se llama Ramiro, dijo que fuéramos un rato a jugar a la pelota, así es que salimos al pasaje y ahí había otros niños y terminamos armando una súper pichanga que duró hasta que quedamos todos transpirados, y uno del otro equipo le pegó una patada al tío en la pierna y el tío se anduvo enojando. Dijo que no jugaba más, porque le dolía mucho. Así es que el papá también se salió y después nosotros, porque yo me acordé de que mi mamá me había dicho que volviera temprano y ya se había hecho muy tarde. El tío Ramiro me preguntó hacia dónde iba, y yo le dije que a la casa de mi tía Viole en la población El Ruiseñor, y él me dijo que podía pasar a dejarme, así no me retaban.

—¡Claro! —le dije. ¡Seguro iba a perder la oportunidad de andar en auto!

Llegué a la casa en taxi y con tanta suerte que estaban la tía Viole y mi mamá afuera con la Yenita y el Huguito, y vieron que llegué motorizado, y más encima el tío Ramiro se bajó a saludarlas, si no, seguro no me habrían creído, porque mi mamá nunca me cree cuando me pasan cosas encachadas.

En el camino a casa pensé en que después de comprar el libro voy a juntar plata para comprar un género para colgar de cortina a la entrada de mi pieza, así voy a tener más independencia y voy a leer y escribir sin que me molesten tanto.

Después de haber estado en la casa del *Guatón*, me han quedado tantas cosas dando vueltas en la cabeza. ¡La suerte del Rolo! Digo, por tener mamá y papá y una casa tan linda. ¡Debe de ser lindo tener una familia que se preocupe por uno! A veces pienso en mi papá. Mi mamá nunca me habla de él, ni siquiera guardó una foto para que yo y la Nilda lo

conociéramos. Cuando le pregunto, dice que esas son cosas pasadas y que las cosas pasadas ya están muertas. El Tato dice que es porque a mi mamá le debe de doler recordarlas. A lo mejor mi papá era igual al Nelson y por eso mi mamá no se quiere ni acordar de él. Pero a mí me gustaría saber algo. Aunque fuera un poco.

Lunes 3 de octubre

Ayer fui a mi casa a buscar el tarro para ir a comprar mi libro con el Tato. Así es que hoy trabajamos poco. Dejamos el carretón estacionado al lado afuera de la casa del Tato, guardamos todo lo que habíamos recolectado, incluyendo una silla de mimbre casi nueva que nos encontramos, amarramos al Sultán para que no nos siguiera, porque en el supermercado no se admiten perros y, si se queda afuera, pueden robárselo; aunque mi mamá dice que quién se va a robar a un perro tan feo, yo creo que sí, porque igual es un perro fiel y cuidador, y si alguien se ha dado cuenta de que es así, le puede interesar tenerlo. Bueno, después de hacer todo lo debido, nos fuimos rumbo al supermercado. Yo, con el dinero bien firme en mi mano y mi mano bien metida en el bolsillo del pantalón. Ahí, en el estante, estaba mi libro entre muchos otros; todos relucientes, con tapas duras, parecidos a los que había en la casa que fuimos a cuidar. Grandes y pesados. Cuando entregué el dinero en la caja, no podía creerlo. Al salir del supermercado nos sentamos en un banco a hojearlo. ¡Por eso quiero al Tato, él tampoco pudo aguantar las ganas de verlo!

—¡Ábrelo luego! —me decía— ¡Ábrelo!

Y yo le saqué el plástico en que estaba envuelto y lo abrí. Sus hojas son brillantes y suaves, y sus dibujos coloridos y

grandes. Debajo de cada lámina hay algo escrito que explica de qué se trata.

Hay castillos enormes, con unas torres muy altas y flacas. Dice abajo que son de Francia y de Inglaterra. También hay castillos de España. En algunas páginas, hay dibujos de príncipes y princesas, y con el Tato nos reímos mucho de los príncipes que usaban unas pelucas blancas y crespas y pantalones cortos y *panties*. Pero nos gustaron más las princesas con sus vestidos largos y sus abanicos y guantes. También hay caballeros con armaduras y espadas relucientes y caballos.

A veces, sólo a veces, pienso que soy un príncipe al que han enviado a criar a una casa pobre para que luego sea un rey compasivo, justo y humano, y conozca las necesidades de las personas. Pero después miro a mi mamá y me da pena que ella no sea mi mamá, sino una criada de algún gran y poderoso rey que es mi padre. Un padre que me espera en algún sitio de su castillo con los ojos húmedos por la emoción y con los brazos abiertos. Pero después, otra vez pienso: si mi mamá no es mi mamá, no importa, porque yo la querría igual y le daría el castillo más hermoso y ella no tendría que trabajar y tampoco tendría que andar arrancando del Nelson, porque yo daría la orden de que lo metieran preso y no lo soltaran jamás, jamás.

Ahora estoy acostado con el Huguito y, mientras yo escribo, él mira el libro. Yo le enseño que los libros son algo muy valioso y que debe cuidarlos mucho.

Jueves 6 de octubre

Hace dos días que no he podido escribir. Tampoco he podido dormir bien. Sucede algo terrible. Lo más terrible

que le puede pasar a un hermano. Mi mamá habló conmigo y me dijo que iba a internar al Huguito y a la Yenita en un Hogar. Dice que es lo mejor, que así el Nelson no podrá llevárselos y ella podrá juntar más plata para que nada les falte.

Dice que vamos a poder ir a verlos los domingos y que incluso dan permiso para sacarlos a pasear. Y dice que ellos estarán más felices de ese modo.

Creo que está equivocada. El Huguito no estará feliz sin ella ni sus hermanos. Tampoco sin mí, y yo tampoco estaré feliz sin ellos. No sé qué hacer. Le conté a mi Jefe y él me dice que seguramente será por un corto tiempo y que los niños se acostumbran a los cambios con facilidad. Además, dice que en esos hogares hay muchos niños con los que podrán jugar. Pero eso no me consuela. Todo me parece tonto. Mi mamá me parece tonta. Hasta creo que yo soy un inútil y que nunca crezco para poder defender a mi mamá del Nelson.

Sábado 8 de octubre

No dan muchas ganas de escribir cuando uno tiene tantos problemas. Sólo dan ganas de pensar y de no hacer nada. Pero el Tato me dice que siempre, en el camino de las personas, hay otros que les alumbran el paso, y que debemos confiar y tener esperanza.

El Tato sabe mucho de la vida. Sabe más, mucho más de lo que yo creía. Y también sabe de niños. Porque él, un día, fue papá. Sí, eso me dijo.

—Yo tuve mi casa. Y una esposa y unos hijos y un buen trabajo. Pero todo lo perdí por alcohólico. Me emborrachaba todos los días, hasta que no supe de mí. Mi esposa se fue a

la Argentina y se llevó a mis hijos. Ellos ya deben de estar grandes.

Me quedé tan asombrado, que no me atreví a preguntarle más. Me imagino al Tato igual que al Nelson; después lo fui viendo solo, tirado en las calles como un vagabundo sucio y hediondo.

Entonces, él siguió hablando.

«Pasaron muchos años, yo me sentía muy infeliz. Cada día que pasaba era peor. Cada día peor. Hasta que nadie en mi familia quiso verme más. Un día me vi metido en una pelea. Mataron a alguien y arrancaron. Creyeron que había sido yo y paré en la cárcel. Ahí, obligado por el encierro, dejé de tomar. Y durante los primeros meses todos los días decía que cuando saliera, lo primero que iba a hacer sería tomarme un trago. Pero con el tiempo todo fue cambiando. Como en la cárcel no tenía mucho que hacer, comencé a leer. Y descubrí que me gustaba mucho. Me traía paz. Y hasta alegría. Conseguí que los gendarmes me compraran libros. Había uno que hasta me regaló algunos. Cuando salí por buena conducta, busqué trabajo, pero nadie admite a alguien que ha estado en la cárcel, así es que un día que venía camino a la casa, vi a un cartonero y se me ocurrió salir a buscar cartones y papeles también. ¡Qué raro, ah! Para recoger papeles no se necesitan papeles. Nadie te pide el carné ni el famoso certificado de antecedentes. Y aquí estoy. Tengo mi casa, mi trabajo y te tengo a ti: mi amigo Rafa.»

Cuando llegué a mi casa pensé que había cosas más terribles que dejar de ver a los hermanos durante un tiempo. Me acordé de mi papá. Tal vez él también viva solo y está arrepentido de habernos dejado, y a lo mejor también tiene un amigo niño. Otra vez estoy pensando en que el Tato se podría casar con mi mamá. Así yo tendría un papá y mis

hermanitos no tendrían que irse a un Hogar. Pero claro, es muy difícil, porque mi mamá siempre anda diciendo que el Tato es un viejo loco, y que si no fuera porque con su trabajo gana algo de plata, no dejaría que me juntara con él. Y siempre terminamos discutiendo. ¡Lo mismo, siempre! Pero es que ella no sabe, no sabe lo fantástico que es el Tato y tampoco sabe lo terrible que ha sido su vida.

Domingo 9 de octubre

En la mañana bien temprano llegó la Nilda a vernos. La tía Viole se levantó a abrirle y parece que estaba un poco enojada, así es que yo me levanté y salí con el Huguito a jugar a la pelota. ¡Me da una pena pensar en que van a llevárselo lejos de nosotros! Después, en la tarde, la Nilda con la tía Viole y mi mamá estuvieron conversando y la Nilda se puso a llorar y dijo que la culpa de todo la tenía el Nelson. Mi mamá le dijo que ya habían pasado los tiempos para lamentarse y que se quedara tranquila o el Huguito se iba a dar cuenta.

En la tarde yo quería ir donde el Tato, pero mi mamá no me dejó, porque le contaron que el Nelson andaba preguntando por ella.

Martes 11 de octubre

Vino una señora hoy día a hablar con mi mamá. Entonces la tía Viole me dijo que fuéramos con los niños a dar una vuelta para que ellas hablaran tranquilas. Le pregunté a la tía Viole quién era y ella me explicó que es la visitadora del Hogar donde van a internar al Huguito y la Yenita.

¡Es cierto! ¡El jueves los internan! Y más encima no vamos a poder ir a verlos en un mes, porque la visitadora dijo que así los niños se acostumbran más luego con las tías que van a cuidarlos. Esto sucedió en la mañana, porque como mi mamá no quiere que vaya cerca de mi casa, no pude ir donde el Tato. Pero en la tarde fui a la escuela y le dije a mi mamá que iba a tener cuidado.

El *Guatón* me invitó otra vez a su casa. Creo que su mamá le dijo que me invitara, porque ya sabe lo de mis hermanos. Pero yo no sé si vaya. Estoy muy triste, y cuando estoy triste sólo me gusta estar con el Tato. Si me dan ganas de llorar, lloro, y él no me pregunta qué me pasa. Ya lo sabe. Él me hace cariño y espera que yo le cuente, y yo no tengo que poner cara de feliz si no lo estoy. Además, que me da pena andar contándole al *Guatón* las cosas malas que me pasan. Él se pone triste y no sabe qué decirme. En cambio, con el Tato es diferente. Debe de ser porque a él también le han pasado cosas tremendas. Yo lo miro y no puedo creer que haya estado en la cárcel y que tenga hijos perdidos y todo eso. A veces, cuando estoy acostado, ya casi a punto de dormirme, me pongo a pensar en lo lindo que sería que el Tato fuera de verdad mi papá. A mí no me importa lo que haya hecho antes. Me pondría tan contento de tenerlo a mi lado, que no lo dejaría irse jamás. Pero eso es imposible. El Tato es muy viejo para ser mi papá, y además dijo que sus hijos ya son grandes y que están en la Argentina.

Miércoles 12 de octubre

Hoy es feriado, así es que a la Nilda le dieron permiso para salir y vino a ayudarme a mi mamá a arreglar las cosas de mis hermanitos, pues mañana los internan. Yo jugué todo el

día con ellos. La tía Viole me dice que será por poco tiempo, pero yo no creo. Eso lo dicen para conformarme. Porque yo sé que el Nelson siempre, siempre va a andar molestando a mi mamá.

Mi mamá y la Nilda estuvieron mucho rato conversando con la tía Viole y a mí me dejaron solo, pero no me importó, porque estuve con el Huguito y le mostré por última vez mi libro y le di un dulce gigante que le compré. Después le dije bien despacito que yo siempre iba a quererlo y que cuando estuviera más grande los iba a sacar de ese Hogar y que nos íbamos a ir muy lejos con la plata que yo voy a juntar, para que el Nelson no nos encuentre nunca más.

Jueves 13 de octubre

Fue horrible. Ir a dejar a mis hermanitos es lo más terrible que me ha pasado. Mi mamá los vistió muy bonitos y les dijo que iban de paseo donde unas tías que eran muy buenas. Antes de llegar les compré dulces y se los eché en los bolsillos de las jardineras.

Entramos por un portón muy grande y ancho y llegamos a un jardín solitario con muchos árboles que daban sombra. Al fondo había una casa enorme de paredes oscuras, como esas mansiones que salen en las películas de terror. Entramos por una puerta entreabierta. Llegamos caminando hasta el fondo de un pasillo de tablas largas y tan brillosas que uno casi se resbalaba al pisarlas. Ahí nos encontramos con una escalera angosta y empinada. Subimos. Fuimos mi mamá y yo porque la tía Viole tenía que trabajar, así es que yo llevaba los bolsos y mi mamá iba con la Yenita en brazos y el Huguito de la mano.

Nos sentamos en una sala y mi mamá, después de dejar a la Yenita a mi lado, golpeó una puerta. Una señora de voz amable habló.

—¡Señora Ana, espere, por favor!

Mi mamá se quedó parada al lado de la puerta y yo me senté con el Huguito y comencé a ayudarlo a que le sacara el envoltorio a un dulce.

De pronto se asomó otra mujer, que resultó ser la misma que nos había ido a visitar, y le hizo señas a mi mamá para que entrara. Mi mamá me miró bien raro, nerviosa, y me dijo bien bajito que la esperara. Tomó a la Yenita y al Huguito y entró con ellos. Yo me quedé solo. Todo estaba en silencio. Sin saber por qué, sentí como que me ahogaba. Me dolía el estómago y me daban arcadas. Me paré y me senté varias veces. Creo que estuve así como una hora.

Otra vez la puerta se abrió y salió mi mamá. Entonces sentí el llanto del Huguito y de la Yenita. ¡Los había dejado!

—¡Vamos! —me dijo, casi tirándome del brazo.

—¡Pero yo quiero despedirme de ellos! —le reclamé en lo alto de la escalera.

—¡Vamos, Rafa, por favor! —me rogó.

Entonces me devolví hasta la misma puerta y golpeé con fuerza. La misma mujer me abrió.

—¡Quiero despedirme de mis hermanos —le dije, aguantando las ganas de llorar.

Mi mamá entonces habló detrás de mí.

—¡No le haga caso, señorita!

Odié a mi mamá por eso.

La mujer me miró.

—¡Pasa! —me dijo, tomándome de un hombro.

No esperaba encontrarme con otro pasillo y con más puertas, pero ahí estaban, delante y a mis costados. Mi mamá

se quedó afuera. Yo seguí a la mujer, que después abrió una de las puertas. Mis hermanitos, todavía llorosos, estaban jugando con unos cubos de plástico.

El Huguito, al verme, corrió a mi lado.

—Me quiero ir —me dijo.

Entonces yo le di un chocolate y le mentí. Le dije que pronto vendríamos a buscarlos.

—Diles chao y dales un beso —dijo la mujer a mis espaldas. Creo que lo dijo dulcemente, porque no me dio rabia.

Me despedí de ellos. Cuando estuve afuera, al lado de mi mamá, me dieron ganas de salir de ahí rápidamente. Bajé las escaleras corriendo. Ella me siguió. Sentía mi cara ardiente y roja. Y no pude contener el llanto.

—¡Rafa, Rafa! —me llamó mi mamá. Pero seguí caminando. No pude detenerme ni mirar para atrás.

En la tarde fui donde mi Jefe. Estuve llorando mucho. El Tato dice que llorar no es de poco hombre, como piensa la gente. Que los hombres pueden llorar, porque por llorar no van a dejar de ser hombres. Me sentía tan mal, que le pedí si podía quedarme por esa noche en su casa. Me dijo que sí y me pidió la dirección de la tía Viole para ir a avisarle a mi mamá. Cuando volvió, se acostó a mi lado. Me abrazó y dijo que me durmiera, que el siguiente día sería diferente.

—Después de la tormenta siempre sale el sol —me dijo sonriendo. Luego nos quedamos sin hablar. El Tato cree que a veces es mejor guardar silencio.

Cuando desperté, mi Jefe me había preparado leche caliente. Era tarde. Así es que me dijo que fuera a la escuela y que tratara de pensar en que todo iba a pasar. Pero sucede que en la escuela, el *Guatón* me preguntó si habíamos ido a internar a mis hermanos, y tuve que contarle todo y me puse a llorar. No puedo entender por qué las cosas tienen que ser así. No puedo.

Volvimos a nuestra casa. Mi mamá dijo que si se le aparecía el Nelson ya no le importaba, porque los niños estaban a salvo.

—El Nelson se va a aburrir de buscarme —me dijo—, y además ya no le tengo el mismo miedo de antes.

Pero yo no le creo, porque mi mamá, cuando habla de él, se pone muy nerviosa. Echo mucho de menos a mis hermanos. Me gustaría oírlos hablar o reírse. Parece que volver a la casa fue peor. No tengo ganas de leer y tampoco de escribir. Ni siquiera tengo ganas de ir a la escuela.

En la madrugada del sábado

Acabo de despertar con una pesadilla. Estoy todo transpirado y mi corazón late muy fuerte. Soñé que estaba jugando en la cancha con el Huguito. Él corría muy fuerte y yo trataba de alcanzarlo, pero no podía. De repente yo veía que el Huguito se iba a caer en un precipicio muy profundo y trataba de llegar hasta él para afirmarlo, pero no tenía fuerzas ni en las piernas ni en los brazos. Desperté con un salto en la cama. Y ahora no puedo dormir. Mi mamá duerme y se da vueltas y vueltas en la cama. Creo que el Huguito debe de estar echándose de menos; tal vez también esté despierto. Extraño su respiración a mi lado.

Sábado 15 de octubre

En la mañana me levanté temprano y me fui a la casa de mi Jefe. Cuando llegué me sentía triste, pero el Tato me tenía una sorpresa muy bonita.

—¡Tengo algo para ti! —me dijo, cantando una de esas canciones de antes—. ¡Ábrelo!

Era una caja colorida y de regular tamaño, más bien plana. Tenía en el centro una gran cinta azul. ¡Nunca había recibido un regalo tan bonito! Lo abrí rápidamente, tratando de no romper el papel.

—¡Un rompecabezas! —exclamé al abrir la caja.

El Tato sonrió. Entonces, yo recordé lo mucho que le había hablado acerca del rompecabezas del Rolo.

—¡Vamos a armarlo! —me dijo, y se sentó a la mesa.

Es el más grandioso rompecabezas. Tiene doscientas piezas. Y es el dibujo de muchos pájaros multicolores, unos parados en las ramas de los árboles, otros volando en el cielo, otros en sus nidos. Y uno que está tan cerca que se le pueden contar las plumas que tiene.

Di vuelta la caja, y las piezas cayeron desordenadas sobre la mesa, produciendo un extraño ruido mezclado con el olor a nuevo.

Entonces el Tato puso un cartón y sobre él comenzamos a armarlo. Mi Jefe tenía los ojos brillantes de contento.

Cuando por fin levantamos la cabeza, ya no era hora de ir a recoger papeles.

—¡No importa! —dijo el Tato— ¡Eso es lo bueno de ser un trabajador independiente! ¡Tomemos un rico té con berlines recién hechos!

De pronto, sentado junto al Tato con la mitad del rompecabezas resuelto y saboreando mi berlin, me sentí feliz. Pero en el instante en que lo pensé, me acordé de mis hermanitos allá en el Hogar y sentí un dolor muy fuerte en mi corazón.

—¡Tato! —le dije— ¡Yo no voy a poder estar feliz sin ellos!

—¡Sí! —me dijo—. Y ellos no lo estarán sin ti.

tiene.

Martes 18 de octubre

Parece que éste es el mes de las cosas terribles, porque lo malo nunca deja de pasar. Hoy el Sultán tuvo una tremenda pelea y casi lo matan dos perros gigantes, de esos negros y flacos y con unos tremendos dientes. Aparecieron de repente desde una de las casas adonde vamos a recoger papeles. El pobre Sultán estaba haciendo su necesidad de orinar en un árbol, cuando aparecieron los tremendos perros y la agarraron con él. De repente sólo vi enredos de patas, cabezas y hocicos, y sentía cómo gruñían los otros perros y cómo chillaba el Sultán. El Tato les echó el carretón encima y quedó el desparramo de papeles y yo me puse a tirarles piedras y a gritarles «perros asesinos». En eso apareció la dueña de los animales, una señora gorda que, de un solo chiflido, los entró inmediatamente. Lo malo fue que mi pobre perrito quedó tirado en la calle, casi sin poder respirar. El Tato lo tomó en brazos y lo subió al carretón. Lo revisamos y vimos que tenía muchas heridas, algunas muy profundas y sangrantes.

—¡Vamos a la casa a curarlo! —dijo el Tato con su cara muy arrugada.

Cuando llegamos se sacó su chaqueta, la que usa para ir a buscar papeles, y se subió las mangas del chaleco.

—¡Vamos a ver, muchacho, qué te hicieron! —dijo mientras revisaba de nuevo a Sultán. Entonces se detuvo, metió su mano en el bolsillo del pantalón y me mandó a comprar yodo. Cuando llegué, le había cortado todo el pelo alrededor de las heridas y se las estaba lavando.

—No —me dijo él—. Yo tenía un tío que era médico. El me enseñó a curar heridas.

Después el Tato siguió curando al Sultán y se quedó muy callado, y yo también, porque veía a mi perrito casi muriéndose. Le pedí si podía quedarme con él en vez de volver a trabajar.

—¡Bueno! —me dijo—. ¡Serás un buen enfermero!

Cuando el ruido de las ruedas del carretón se alejó lo suficiente, me puse a llorar. Y de verdad no sabía bien por qué lloraba. No sé si lloro por mi perrito o por mis hermanos y tampoco sé si lloro por mí, que no puedo conformarme con que a uno le pase tanta desgracia.

En la tarde no tenía deseos de ir a la escuela, pero el Tato me dijo que fuera a almorzar a mi casa, y que debía ser valiente, que no dejara de ir, porque ya estábamos casi a fin de año. También dijo que la escuela me haría bien, que me distraería y así no pensaría tanto en las cosas que pasan.

Y fui. Pero no me pude concentrar en la clase, y más encima me tocó Matemática, que no me gusta, y la señorita me retó por desatento.

En el recreo le conté al *Guatón* lo de mi perro y él me dijo muy serio:

—¡Te entiendo! A mí una vez se me voló mi loro y no llegó a la casa como en tres días.

Después, me dio su pan con manjar, creo que por solidaridad, pero yo no tenía ningún deseo de comer.

En la tarde, cuando llegué, el Sultán ya estaba mejor. Había comido y tomado agua. Pero no quise traérmelo a la casa, porque todavía le debe de doler todo el cuerpo. ¡Pobre Sultán! Yo creo que nunca en toda su vida, ni siquiera en su vida de perro callejero, había visto unos perros tan gigantes.

Viole que está mi mamá con el asunto del Nelson.

Viernes 21 de octubre

Con el Tato fuimos bien temprano a recoger papeles. Ya no hace frío. Las calles se ven muy bonitas con los árboles todos floridos. El pasto está muy verde y las personas sacan mucha basura, porque están limpiando sus casas. Mi Jefe dice que siempre es así.

—Cuando llegan los calores, aparecen muchas cosas nuevas.

Hoy encontramos unas cortinas dentro de una bolsa. Y yo me acordé de la cortina que quiero poner como puerta; entonces las recogí por si me sirven. Y el Tato encontró una lámpara. Dijo que la va a arreglar para ponerla en su velador y poder leer con mejor luz en las noches.

Los días pasan muy lentos. Falta tanto para ir a ver a mis hermanitos, que no sé si podré resistir. Mi mamá está más tranquila, pero yo tengo como un mal presentimiento.

Domingo 23 de octubre

Vino la Nilda a vernos. Mi mamá hizo un almuerzo especial: alcachofas y puré con huevo frito. La Nilda dijo que se iba a ir unos días a la costa con sus patronas y que estaba súper contenta, porque conocería las playas de los ricos.

Estoy preocupado por el Tato. Tiene gripe. En la mañana lo fui a ver y lo encontré en cama. Dijo que no me preocupara, que mañana de todas maneras vamos a ir a trabajar. Así es que me quedé acompañándolo un buen rato y él me

pidió que le leyera unos versos de Gabriela Mistral que le regaló una señora que sabe que él lee. ¡Son tan tristes los versos de Gabriela Mistral!

Después, me puse a armar mi rompecabezas y ya falta poco para terminar. ¡Lo más difícil resultó ser la parte de las hojas de los árboles!

Jueves 27 de octubre

El Tato no ha estado muy bien, por eso no hemos ido a trabajar. Yo le pido que me deje ir solo, total ya conozco bien el trabajo, pero él dice que un niño no puede andar tirando un carretón sin ayuda y que hasta es posible que me lo quiten. Debe de tener razón, aunque yo creo que exagera un poco. El Tato se ha puesto bien alharaco este último tiempo y bastante mal genio. Ayer, cuando pasé a verlo de vuelta del colegio, estaba retando al Sultán, porque se había subido a la cama mientras él dormía.

—¡Pero, Tato! —le dije— ¡Si tú antes no te enojabas por eso!

—¡Bueno, ahora me enojo! —me respondió, y después se quedó bien callado.

Yo también, porque no supe qué decir. Estos días han sido muy tristes. Sin nada para hacerlos más felices. Ni siquiera con la sonrisa del Tato.

Mi mamá aún no vuelve de ir a entregar la ropa y ya es bastante tarde; me están dando ganas de ir a encontrarla con el Sultán. El circo ya está instalado y sigue con su propaganda. No me entusiasma. Creo que esto es lo que se llama estar bajoneado.

¡Si yo sabía! ¡Yo sabía que algo malo iba a pasar! Y pasó anoche. Mi mamá se demoraba en llegar, porque el Nelson la estaba esperando a la bajada de la micro.

Llegó como a las doce de la noche. Traía la cara toda rota y una mano enyesada. Me contó que el Nelson le había pegado y que le había torcido la mano. Ella fue a la Posta y puso la denuncia en Carabineros. Una vecina que vive cerca de aquí la acompañó. ¿Y qué va a pasar ahora con mi mamá enferma que no puede ni lavar, ni planchar, ni siquiera cocinar? ¿Qué va a pasar con el Nelson? ¿Por qué no se lo llevan preso si es tan malo? Estoy muy asustado, tengo miedo de que un día vuelva, me encuentre solo y me pegue como lo hizo con mi mamá. Y también tengo miedo de que otra vez le pegue a mi mamá. Claro, yo siempre salgo con el Sultán, pero ella no. Mi mamá dice que se puso furioso cuando ella le dijo que no iba a volver más con él, porque era un borracho que no servía para nada. Dice que entonces comenzó a pegarle. Y que si no llegan unos vecinos a ayudarla, la habría dejado peor. ¡Por eso estoy asustado! ¡El Nelson es un cobarde, un cobarde! ¡Ésos son los que les pegan a las mujeres!

Sábado 29 de octubre

Como la Nilda no está en Santiago, no puede venir a ayudarla a mi mamá. Entonces, mi mamá me pidió que yo hiciera las cosas y ella me iba a ir indicando. Además, estoy de enfermero. El Tato también está enfermo. Veo a mi mamá y voy donde mi Jefe. Lo peor es que nos estamos quedando sin plata, así es que parece

que voy a tener que salir a trabajar solo con el carretón, aunque al Tato le dé miedo.

Domingo 30 de octubre

Menos mal que vino la tía Viole, porque ya me estoy cansando de hacer tantas cosas. Y se enojó mucho cuando vio a mi mamá enyesada y con la cara morada. Dijo que esto ya era demasiado y que mi mamá tenía que hacer algo. Pero mi mamá no se atreve. Dice que tiene mucho miedo. Y además, dice que no sabe qué hacer.

La tía Viole preparó comida para mañana y dijo que iba a volver en la semana. Mi mamá mañana tiene que ir al hospital a verse la mano. Yo creo que voy a tener que acompañarla, porque no puede hacer ninguna fuerza, y con una mano no puede afirmarse en las micros que, temprano, pasan súper llenas.

El Tato está más tranquilo. Hoy me prestó otro libro. *La Rebelión de los Robots* se llama, y es muy distinto a *La Isla del Tesoro*, porque es una historia del futuro. Claro que casi no he leído, porque tengo que trabajar mucho en las cosas de la casa. ¡Y yo que pensaba que hacer el aseo, cocinar y lavar era algo fácil! En la mañana estuve muy complicado ordenando mi cama, porque ponía la sábana y se me caía y después trataba de estirla, así como lo hace mi mamá, pero se me arrugaba. Realmente, ¡esas son cosas de mujeres!

El Nelson no ha vuelto a aparecer. Pero igual yo tengo bien trancada la puerta. Mi mamá me dijo que si el Nelson viene otra vez a armar escándalo, yo me tengo que arrancar rápido por la ventana de atrás e ir a llamar a los carabineros sin que él se dé cuenta.

Más encima, con mi Jefe enfermo.

Miércoles 2 de noviembre

Hoy hubo clases. Ayer no, porque fue el Día de los Muertos. Así dijo mi mamá, y se estuvo acordando de su papá y su mamá, que están enterrados allá en Coquimbo, de donde eran ellos. Mi mamá dice que está arrepentida de haber dejado su tierra. Y que va a trabajar lo que más pueda para volver.

—¡A Coquimbo! —exclamé.

—Sí —dijo ella—. Allá viviremos seguros.

Y entonces yo pensé: ¡Y qué va a ser del Tato y del Sultán y de la escuela! ¡Y qué va a ser del *Guatón* Sepúlveda! Y me dio un miedo muy grande, pero después pensé que seguramente ésa era la mejor solución que mi mamá había encontrado al problema del Nelson y que, si lo tenía decidido, yo no sabía qué más hacer.

Pero después me dio rabia. Rabia de tener que cambiarnos de casa a cada rato, de no tener papá, de tener que dejar la escuela. ¡Rabia de todo!

—¿Y cuándo nos vamos a ir? —le pregunté después de haber pensado todo eso.

—No lo sé —me dijo ella—. Después que junte dinero. En un tiempo más.

El *Guatón* me recordó su invitación y me dijo que me esperaba el próximo domingo. A lo mejor no tengo problemas y puedo ir, porque ese día viene la Nilda y se puede quedar con mi mamá; aunque mi mamá se siente mejor, ya que el Nelson no le alcanzó a quebrar la mano, pero igual

tiene que andar con yeso como dos semanas más y yo tengo que ayudarle.

Domingo 6 de noviembre

No pasó nada importante en la semana. Pero hoy sí. Después de almorzar con mi mamá y la Nilda, fui a la casa del *Guatón*. Decidí que iba a ir, pero no toda la tarde, porque mi Jefe todavía está enfermo con esa tos que lo hace ahogarse y quiero ir a acompañarlo un rato, y también, porque la Nilda va a volver temprano a su trabajo. Su patrona tiene una comida importante y le pidió que llegara antes.

Fue un día muy asoleado, así es que fui con pantalones cortos. Otra vez el *Guatón* me estaba esperando en la esquina del pasaje y otra vez estaba su tío Ramiro de visita. Parece que el tío Ramiro va siempre. Yo le pregunté al *Guatón* y él me dijo que sí, porque el tío es viudo hace hartos años y no tiene hijos y le gusta mucho estar con su papá. Yo diría que hasta ese momento el tío me estaba cayendo bien, sobre todo porque la otra vez me había ido a dejar a la casa. Pero cuando sucedió lo de mi mamá, lo encontré súper metete y cargante y le descubrí una sonrisa medio rara, como sarcástica.

Y pasó lo siguiente: el papá del Rolo compró cuatro volantines para que fuéramos a la cancha a elevarlos. ¡Y a mí me dio el más encachado! ¡Mejor que todos los volantines que yo alguna vez había deseado! ¡Azul con amarillo y blanco y tres largas colas! Pusimos los volantines en la mesa y el papá, el tío, el Rolo y yo les comenzamos a poner los hilos para encumbrarlos. Cuando los tuvimos listos... ¡partimos! El *Guatón* con su volantín rosado con blanco, el papá con su volantín verde y amarillo, el tío con su volantín azul y rojo, y

romperse.

En la cancha había muchas personas encumbrando volantines, mientras que otras, sentadas en el pasto, tomaban bebidas y muchos niños jugaban a la pelota. Buscamos un lugar con suficiente espacio y nos paramos a encumbrar. El tío del *Guatón* es súper bueno para que el volantín tome vuelo, y el papá es bueno para reírse, por eso su volantín a cada rato se venía al suelo. ¡Nunca imaginé que un papá podía ser como el papá del *Guatón*! ¡Siempre contento!

Estábamos en lo mejor, todos bien felices con los volantines casi perdidos en las nubes, cuando para mi sorpresa apareció en la cancha mi mamá con la mamá del Rolo. Tenía la cara roja y me llamó a gritos.

—¡Rafa, Rafa! —decía, y aleteaba con el brazo bueno, mientras el otro lo traía sujeto al mismo pañuelo de siempre.

Me quedé mirándola y ni siquiera podía imaginar lo que le había sucedido, porque a mi mamá siempre le pasan tantas cosas. Entonces dejé el volantín por los aires y corrí a encontrarla. Con lo agitada que venía, me habló apenas:

—¡Rafa, me mandaron llamar del Hogar para que vaya a ver a la Yenita, que está enferma! ¡Y sólo puedo ir hasta las seis y ya son las cinco y cuarto! ¡Tienes que acompañarme para que me ayudes a subir a las micros, porque puedo caerme con la mano enyesada!

¡Qué felicidad! ¡Iba a ver a mis hermanos! ¡Al Huguito, a lo mejor también dejaban verlo, y a la Yenita, que estaba enferma, de todas maneras!

—¡Claro! —le dije— ¡Vamos!

Pero ahí sucedió lo desagradable, lo más espantoso de la tarde. El tío Ramiro, que ya se había acercado junto con los demás, puso cara de preocupado y se ofreció para llevarla.

—¡Yo la llevo! —le dijo— ¡Tengo taxi!

Y claro, como siempre sucede, mi mamá se olvidó completamente de mí y de que me había pedido que la acompañara. Y le dijo altiro que sí.

—¡Pero, mamá! —exclamé lleno de ira. Ella me miró sin darme tiempo de hablar y me dijo que me quedara jugando nomás y que no me preocupara.

—¡Vamos! —dijo el *Metete*, y se fueron los dos caminando rápido por entre las piedras y el pasto.

Después de eso, se me quitaron las ganas de estar donde el *Guatón*. Sólo de pensar que podría haber ido yo a ver a mis hermanos... Llegué a la conclusión de que nunca se deben meter extraños en la vida de uno.

Bueno, cuando al rato después nos sentamos a la mesa, se me pasó un poco la rabia. Sobre todo porque en la casa del *Guatón* siempre oran y le dan gracias a Dios por los alimentos, y a mí me da mucha vergüenza tener malos sentimientos hacia las personas. Y más encima oraron para que lo de mi hermanita no fuera serio, y también, para que mi mamá sane luego.

Más tarde volvió mi mamá con el *Metete*. Contaron que lo de la Yenita no era nada importante. Mi mamá dijo que la niña estaba más grande y que al Huguito no lo vio, porque a los de su grupo los habían llevado a una plaza. Después les dio las gracias a todos los de la familia del Rolo y se despidió diciendo que debíamos volver a la casa temprano, porque tenía mucho trabajo. Claro que eso no es verdad: lo que pasa es que siente miedo. Y ahí otra vez el *Metete* metió su cuchara.

—¡Yo los voy a dejar, no faltaba más!

Y mi mamá lo miró muy sonriente. Ella se sentó en el asiento delantero y yo en el de atrás. Me vine todo el camino

maron ni en cuenta.
Después de llegar a la casa, le dije a mi mamá que iba donde el Tato, porque estaba enfermo.

Mi Jefe revisaba la caja con cuadernos que guarda debajo de la cama. Cuando yo llegué, la guardó rápidamente. Siempre hace lo mismo cuando aparezco por sorpresa y él está con su caja.

—Tato —le pregunté—, ¿qué tienes en esa caja?

—Nada importante —me respondió, poniéndose muy serio.

Entonces yo me he puesto a pensar: ¿por qué el Tato no confía en mí, si yo le cuento todo lo que me pasa? ¿Hay algo que él no pueda contarme? ¿Acaso no me considera su amigo, como yo a él? Me he quedado muy preocupado. A lo mejor no resultaría tan buen papá como yo pienso. Sí. Tal vez tiene muchos secretos, secretos horribles, como que de verdad mató a alguien. Algo que no quiere que yo sepa.

Volví a mi casa y me puse a escribir. Debo continuar escribiendo, pase lo que pase, sea mi vida feliz o triste; tenga o no tenga ganas, debo hacerlo, para ser un buen escritor y escribir cosas tan fantásticas como las aventuras de Sandokan. Por lo demás, el otro día estuve leyendo sobre la vida de un escritor y su vida fue muy triste. La vida de un escritor no tiene por qué ser feliz.

Miércoles 9 de noviembre

El Tato ya se levantó y fuimos a buscar papeles. Claro que no recorrimos muchas calles, porque él se cansa luego. Después que los ordenamos, los fuimos a vender. Parece que hay muchos vendiendo papeles, porque están pagando

menos. Pero el Tato dijo que eso pasa cuando el tiempo mejora, porque, como no llueve, ningún papel se pierde. ¡Yo jamás lo hubiera pensado!

Mi mamá está mejor de su mano. En unos pocos días más le sacan el yeso. Eso sí que anda súper mal genio, porque dice que no puede hacer nada y que no tiene plata. El otro día hablaban de la justicia en la tele, pero yo no sé dónde está la justicia, si hombres como el Nelson pueden andar pegándoles a mujeres indefensas y no los meten presos. No lo entiendo.

En la escuela me va bien, la señorita dijo que voy a pasar de curso sin ningún problema. ¡Por fin a quinto! ¡Y espero que el próximo año pase a sexto y el próximo a séptimo y a lo mejor hasta puedo seguir estudiando y ser algún día un buen profesor. El Tato dice que, para ser profesor, sólo se necesita mucha inteligencia y dedicación. Y como yo soy inteligente y también me preocupo de estudiar, ¡capaz que lo logre! Además, ser profesor debe de ser sensacional, porque la señorita siempre está leyendo. Y así aprendo más todavía y cumplo mi deseo más grande que es ser escritor.

Con el *Guatón* estamos medio peleados. Yo le dije que su tío había tenido la culpa de que yo no pudiera ver a mi hermanita, y el Rolo lo defendió diciendo que su tío había llevado a mi mamá de puro amable y buena persona que es, y que yo soy un quisquilloso.

Jueves 10 de noviembre

Ha habido muchos robos últimamente y también han asaltado a algunas personas, así es que mi mamá me pidió que no anduviera de noche en la calle. Como se oscurece más tarde, puedo igual ir donde el Tato después de la escuela y

enseñando a usarlo. Dice que debo aprender el significado de las palabras y entonces él me escribe tres en un cuaderno que encontró y que está casi nuevo, y después las buscamos y hacemos frases con ellas. Y otras veces inventamos cuentos a partir de una sola palabra y nos resultan unos cuentos súper entretenidos y chistosos.

¡Estoy tan contento! ¡El domingo vamos a ir a ver a mis hermanitos! Mi mamá fue hoy al Hogar y le dijeron que si quería podía sacarlos a pasear, así es que ella dijo que, aunque no tuviéramos plata, igual íbamos a pasear con ellos y comprarles un helado. Además, el domingo viene la Nilda y vamos a ir a verlos todos juntos. ¡Y yo voy a juntar hartos papeles para tener plata y darles algún regalo!

Sábado 12 de noviembre. En la mañana

Mañana ya es el gran día. No hallo las horas de que llegue. Me gustaría dormirme y despertar mañana en la mañana justo a la hora que tenemos que partir. Mejor me gustaría que ahora fuera mañana y ya estar partiendo a verlos.

Ahora me voy donde el Tato. Vamos a trabajar aunque sea sábado. Vamos a ir a un lugar nuevo donde hay varias fábricas que botan la basura los sábados. Juanito, el lechero, le dio el dato a mi Jefe.

Sábado 12 de noviembre. En la noche

El dato de las fábricas que le dio el Juanito al Tato no estuvo muy bueno. Porque esas calles ya tienen dueños, y cuando nos vieron revisando las bolsas y tarros de la basura, se acercaron como tres cartoneros y nos echaron, diciendo

que ese era territorio ocupado. Y el Tato se enojó y dijo que éste es un país libre y que todo el mundo camina y trabaja donde más le conviene y que nos dejaran tranquilos.

—¡Ya, viejo, ándate, sal de aquí, mándate a cambiar! —le empezaron a gritar.

Y yo me asusté. Pero el Tato me dijo que me quedara tranquilo, porque él sabía pelear. Y entonces los otros, que eran mucho más jóvenes que él, lo comenzaron a empujar, pegándole en el pecho. El Tato se defendió: le lanzó un puñete a uno de ellos, le dio justo en la nariz y lo dejó sangrando. Ahí, uno que había detrás de él, parece que se picó y le pegó una patada en la espalda, y el Tato cayó al suelo. A mí me dio una rabia que no podía aguantar y me fui encima de ellos, pero uno me agarró de los brazos y me los torció como si estuviera estrujando ropa.

—¡Ya, cabrito, agarra al viejo y córrete! —me dijeron y me empujaron encima del Tato, que trataba de pararse.

Entonces, yo le ayudé y le dije al Tato que mejor siguiéramos en las calles de siempre. Pero mi Jefe se puso súper porfiado, y fue y les dijo que eran unos abusadores por pegarle a un niño y les tiró el carretón encima. Y ahí sí que los otros se enojaron y le pegaron más fuerte y a mí también me mandaron unas patadas. La cuestión es que el Tato quedó súper mal, y yo, con los brazos que no podía ni moverlos. Y ahora no sé si vamos a poder trabajar el lunes, porque cuando llegamos a la casa, mi Jefe se puso a escupir sangre. Y yo apenas puedo escribir. Y capaz que hasta tampoco pueda ir a la escuela, y lo peor es que tengo prueba de vocabulario y dictado, y no me gustaría faltar, porque he estudiado mucho y estoy seguro de que me va a ir bien.

Y todo habría sido tan diferente si hubiésemos andado con el Sultán. Pero mi mamá me pidió que lo dejara en la

miedo!

Ahora estoy todo adolorido y tengo los brazos morados, pero igual estoy contento, porque mañana vamos a ver a mis hermanitos y algo de plata pude guardar. Mi mamá dijo que en cuanto llegara la Nilda nos íbamos a ir, así es que ruego a Dios, como dice el *Guatón* que hay que hacer cuando uno necesita algo, que la Nilda llegue temprano para que aprovechemos bien el día.

Domingo 13 de noviembre

Hoy fue un día feliz y triste. No lo sé; porque uno no sabe realmente qué sentir cuando tiene que ir a ver a sus hermanitos a un Hogar, ya que no pueden estar en su casa, porque su papá se los quiere robar. Pero también uno se siente feliz de poderlos ver y hacerles cariño y conversar con ellos. Jugar no pude, con lo adolorido que estoy.

La Nilda se vino bien temprano y más encima llegó con unos regalos. Mi mamá se puso muy contenta, porque ella no les pudo comprar nada y yo sólo les había comprado unos dulces.

Hicimos el mismo camino de siempre, aunque ahora fue distinto, porque estábamos todos contentos.

Nos hicieron esperar un rato. Trajeron primero a la Yenita. Mi mamá la encontró muy linda y hasta más grande, y yo encontré que el pelo le había crecido mucho. Al rato, trajeron al Huguito y él, al vernos, se puso a correr hacia nosotros. Abrazó a mi mamá y después a mí, y la Nilda lo tomó en brazos y le dio el regalo, que resultó ser un avión. Mi mamá se puso a llorar y la Nilda también, y yo estaba tan

inflaba.

Salimos inmediatamente de allí y fuimos a una plaza. ¡El Huguito está tan inteligente! ¡Canta y juega a muchas cosas nuevas y aprendió a contar hasta diez! La Nilda andaba con plata y compró helados para todos. Después, mi mamá dijo que la tía Viole nos había invitado a almorzar y nos fuimos para allá.

Pasamos una tarde feliz. Mi mamá se reía sola al ver todas las cosas que hacía el Huguito. Teníamos que estar a las seis en punto en el Hogar, porque si uno se atrasa lo castigan y le suspenden la próxima visita. Por eso mi mamá estaba bien preocupada de la hora y a las cinco nos despedimos de la tía Viole, prometiéndole visita para el próximo domingo.

—Prométanme que van a venir la próxima semana —nos decía a cada rato, hasta que mi mamá le dijo que bueno.

Cuando entramos a los jardines del Hogar, el Huguito me dijo que él no quería quedarse. Yo no supe qué decirle.

—¡Quiero irme a mi casita! ¡Quiero irme a mi casita! —exclamó, apretándome la mano.

Y entonces mi mamá le explicó que todavía no iban a ir a la casa, pero que nosotros los visitaríamos todos los domingos, y el Huguito le preguntó «¿mañana?» y la Nilda le dijo que no, que en unos días más. Pero todas las explicaciones no sirvieron de nada, porque cuando llegaron las tías para llevárselos, los dos se pusieron a llorar y la Yenita pateaba y la señorita se la tuvo que quitar a mi mamá tironeándola, porque la Yenita se agarró de la chomba de mi mamá y no la quería soltar.

Mi mamá dijo que eso sería por la primera vez, pero que ya se iban a acostumar. Pero ella, después de dejar el Hogar, se puso otra vez a llorar. Y la Nilda le dijo que mejor

fueran a caminar un rato para que se tranquilizara. Terminamos caminando como sonámbulos por unas calles llenas de

gentes y vendedores de golosinas, y sentí que todo el mundo estaba contento, menos yo y mi mamá y la Nilda y el Huguito y la Yenita. Me dieron ganas de irme a mi casa para llorar tranquilo.

Menos mal que mañana voy a poder ir a la escuela. Ya no me duelen tanto los brazos.

El Rolo todavía está un poco enojado conmigo por lo que le dije de su tío, pero hoy voy a tratar de amigarme con él. He pensado que es muy tonto enojarse por un tío, y más encima por un tío pesado. Y también, porque echo de menos a mi amigo.

Miércoles 16 de noviembre

¡Hoy día sí que hizo calor! ¡Como cuarenta grados, creo yo! Pero no importa. El Tato y yo nos levantamos temprano a trabajar para alcanzar a hacer un recorrido lo más largo posible sin cansarnos. Claro que mi Jefe no está muy bien. Ahora le volvió la tos y creo que le duele mucho la espalda. Se le salen unos quejidos muy raros cuando tiene que agacharse a recoger algo. Y yo le digo que yo mismo lo puedo acompañar al consultorio para que lo vea un doctor, porque yo sé que está enfermo. Pero él dice que son puras fantasías mías y que me quede tranquilo y lo deje en paz.

A mi mamá ya le sacaron el yeso, así es que hoy día fue a buscar ropa para lavar y yo fui a esperarla a la micro con el Sultán, por si el Nelson se aparece de nuevo.

¡Tamaño sorpresa tuve hoy cuando llegué después de la escuela a la casa de mi Jefe!

Iba llegando a su casa cuando, frente a ella, vi estacionado un auto súper lindo, blanco, todo reluciente. Yo no pensé que tuviera que ver con el Tato, así es que entré a su casa preguntándole si había visto el auto fantástico que estaba estacionado en su puerta. El Tato me miró muy serio. Entonces yo me di cuenta de que no estaba solo. En un rincón de la pieza, sentada en una silla, había una señora de pelo blanco y muy elegante, con un vestido azul y unos zapatos nuevitos. En sus manos tenía un regalo.

—¡Es un amigo! —le dijo a la señora.

Ella se dio vuelta y me extendió su mano.

—¡Saluda! —me dijo el Tato.

Así es que yo le di la mano y le dije:

—¡Rafael Fuentealba! ¡Tanto gusto!

Después, no supe qué hacer. El Tato y la señora se quedaron callados. Entonces le dije a mi Jefe que volvía más rato.

Pero no me fui a mi casa. Me quedé en el pasaje, sentado en el carretón, esperando a que la visita se fuera. De pronto la señora salió de la pieza del Tato y mi Jefe detrás de ella. Cuando estuvieron al lado del auto, la señora se acercó al Tato, le dio un abrazo y se subió al auto.

Cuando el auto desapareció detrás del ruido y la polvareda, salí de mi escondite y me acerqué donde mi Jefe, que aún continuaba mirando el auto.

—¿Quién es, Tato? ¿Quién es? —le pregunté sin poder soportar ya más la ansiedad de saber.

—Es mi hermana —me contestó sin mirarme.

Pelusa 79

—Sí —me fue diciendo mientras entrábamos a la casa—. Nunca ha dejado de saludarme para mi cumpleaños. Me

no tener un Diario. Porque a uno muchas veces se le olvida lo que le vida le va enseñando.

bién iba a verme a la cárcel. Y cuando yo salí, ella ofreció llevarme a su casa y buscarme algún trabajo. Pero yo no quise hacerla pasar por la vergüenza. Ni a sus hijos, ni a su marido. ¡Total, yo estoy bien así! ¡No me hace falta nada!

Luego nos entramos y yo casi no podía hablar de la impresión. ¡Así es que mi Jefe había sido rico!

Cuando lo volví a mirar, el Tato estaba sonriendo. Su hermana le había regalado un libro. Entonces me di cuenta de que yo no sabía que era su cumpleaños y... no le había llevado ningún regalo.

El Tato me dijo que no me preocupara, que eso lo dejara para cuando tuviera harta plata. Que el mejor regalo para él era tenerme a su lado y contar con mi amistad. Y sin que yo alcanzara a reaccionar, sacó de debajo de su cama la caja que siempre andaba escondiendo.

—¿Sabes lo que tengo aquí? —me preguntó. Y sin esperar respuesta fue sacando uno a uno sus cuadernos.

«En la cárcel yo no solamente leí mucho, sino que descubrí que me hacía muy bien escribir. Porque uno, a veces, se siente muy solo, sin tener a quien confiarle sus penas. Y aquí están todas las cosas que escribí en ese tiempo y también lo que escribo ahora. Está el día en que nos conocimos, ¿recuerdas?, cuando yo te pregunté adónde ibas tan enojado. Están todas las cosas que me han pasado. Y estará también la visita de mi hermana y mañana estará lo que ha de suceder mañana. A lo mejor tú eres aún muy niño para darte cuenta, pero la vida es como un milagro. Tú crees que las tristezas no las vas a poder resistir, pero puedes, y eso es lo bueno. Y después, otra vez te sientes alegre y eres capaz de mirar el cielo y la naturaleza y sorprenderte. Por eso es bue-

lo que la vida le va enseñando.»

Me quedé callado. Pero más tarde, de regreso a casa, me venía repitiendo sus palabras y una gran esperanza creció dentro de mi corazón. Y entonces supe que mis hermanitos volverán a casa, que yo voy a estudiar y «ser alguien», como dice la señorita Irma, y que alguna vez escribiré un libro y en él voy a contar de mi gran amigo Tato. Y él va a estar viejito, viejito, y cuando lo lea se va a poner muy feliz.

Viernes 18 de noviembre

A pesar de que el Tato me dijo que no le comprara nada, hoy fui y le compré un pequeño regalo. No sabía qué escoger. Tenía poca plata, y además, mi Jefe se merece un regalo especial. Así es que se me ocurrió un lápiz. Escogí el más bonito de todos, uno negro con tapa dorada. Y estaba guardado en una pequeña cajita larga y transparente. Mi Jefe, cuando me vio llegar con el paquete, se enojó un poco, pero después lo abrió muy entusiasmado y se alegró mucho al verlo. Me felicitó por mi buen gusto y se lo guardó inmediatamente en el bolsillo de su chaqueta. ¡Si hasta parecía un profesor de la escuela!

A propósito de la escuela. En la hora de Orientación la señorita dijo que había un concurso literario. Que había que escribir un cuento y dejarlo en la oficina del director. Entonces, todos mis compañeros empezaron a gritar: «¡Que mande un cuento el Rafa! ¡Que mande un cuento el Rafa!» Y a mí me dio harta vergüenza, pero después pensé que a lo mejor podría participar. Y el *Guatón*, que estaba a mi lado, me decía que sí, que me inscribiera.

Pelusa 79

Fue en ese momento cuando la señorita me dijo muy seria:

En la tarde fui donde mi Jefe y lo encontré en cama. Dijo

—Rafael Fuentealba. Espero su cuento. ¡Tiene plazo hasta el 30 de noviembre!

Cuando llegué donde el Tato, le conté, y él me dijo que debía enviar uno, que así era como se comenzaba y que a lo mejor ganaba el concurso y todos en la escuela se iban a sentir orgullosos de mí.

Yo tengo harta imaginación y se me han ocurrido varios cuentos, pero los tengo bien guardados en la casa del Tato. Si los dejo en mi casa, la Nilda los puede encontrar y después se va a reír de mí. Yo lo sé. Ella, una vez encontró una poesía que yo había escrito y se la mostró a todos sus amigos de la esquina, y cada vez que yo pasaba por su lado, ellos se ponían a recitar los versos y a burlarse. Así es que ahora voy a buscar uno de los cuentos y le voy a decir al Tato que vea cómo está. Y a lo mejor le pido además una opinión a la señorita de la escuela, porque ella sabe mucho de cuentos. Ella también me puede ayudar. Pero no le voy a contar a nadie más que a mi Jefe y al *Guatón* que estoy participando. Incluso, al *Guatón* le voy a poner una condición para contarle: que me jure por su loro, que es lo que más quiere, que no le va a decir a nadie. Y si le dice a alguien, pierde para siempre mi amistad.

Sábado 19 de noviembre

Estoy muy contento. Mañana vamos otra vez a ver a mis hermanos. Mi mamá está preparando unas empanadas, porque vamos a ir a almorzar donde la tía Viole, y dice que ya está bueno de hacerla gastar. Pero vamos a ir solos, es decir, sin la Nilda, porque mañana la Nilda no tiene el día libre.

que estaba un poco cansado, pero yo creo que no se siente muy bien. Estuvimos leyendo el cuento que escribí, y nos reímos harto, porque es muy divertido, pero después nos pusimos serios y el Tato me corrigió algunas cosas, así es que me quedé escribiendo un rato en su casa y haciéndole compañía. Después, me vine a la casa con el Sultán corriendo a mi lado, y no sé si estoy equivocado, pero parece que vi al Nelson. Pero no le dije a mi mamá, porque le da mucho miedo y se pone muy nerviosa. Lo que hice fue lo siguiente: le puse tranca a la puerta y dejé al Sultán al lado afuera para que, si ve a algún extraño, ladre muy fuerte. Además, dejé un piso cerca de la ventana de atrás para poder salir más fácilmente e ir a llamar a los carabineros, por si llega a aparecerse.

Domingo 20 de noviembre

Estoy muy cansado, pero muy contento también. Hoy estuve todo el día con mis hermanos y lo pasé sensacional. El Huguito parece que se está acostumbrando, y la Yenita también.

La tía Viole se rió mucho cuando mi mamá le entregó las empanadas, y era porque ella también había preparado una buena cantidad para todos. Así es que nos trajimos unas pocas para la casa y mañana vamos a comerlas.

No vi al Nelson, pero igual sigo pensando que el que vi ayer era él. Así es que otra vez le puse tranca a la puerta.

Estoy muy preocupado por mi Jefe. Sigue enfermo y también sigue súper porfiado. No quiere ir al consultorio y no sé qué hacer para obligarlo. Además, le ha dado con decir que ya está viejo y que los viejos siempre se enferman y que total

Pelusa 79

los viejos, si se mueren, a nadie le hacen falta. Pero yo creo que él está muy equivocado. Es mi amigo y yo lo quiero. A

sabe hartas cosas de Dios y en que yo no sé nada. Y mañana

...y quedados. Es mi amigo y yo lo quiero. A mí se me imagina que el Tato es un libro gordo, enorme, enorme de grande, donde están escritas muchas cosas. ¿Y cómo un libro así, con dibujos grandes y bonitos, no va a ser importante?

Martes 22 de noviembre

Ayer no escribí. El Tato está muy, muy enfermo. Anoche unos vecinos suyos, que son muy buenos, lo tuvieron que llevar a la Posta. Y se va a tener que quedar ahí por unos días. Hasta que se mejore. Pero estoy muy triste. Lo fui a ver y no me dejaron entrar. Un señor de la Posta dijo que no se permiten visitas hasta que el paciente esté en sala común, que cuando lo cambien podré visitarlo... Yo le dije que el Tato estaba grave, pero no quiso hacerme caso. Mi mamá me dice que no me preocupe, que muchas personas han estado muy enfermas y después se recuperan. Entonces he pensado en pedirle a Dios que lo cuide. El Tato es bueno y es mi amigo y yo no podría vivir sin él. En la escuela conversé con el Rolo y él me dijo que le iba a decir a su mamá que lo recordara en sus oraciones diarias. Entonces yo le dije que le pidieran sólo una vez, porque no se puede ocupar el tiempo de Dios así nomás, como si no valiera nada. Y sobre todo si uno se pone a pensar en lo mucho que Él tiene que hacer ocupándose de todos los enfermos del mundo, de los niños huérfanos, de los viejitos, de las guerras, hasta de los perritos como el Sultán y también de los malos como el Nelson, al que tiene que hacer cambiar. El *Guatón* me dijo que Dios era nuestro Padre, y especialmente en mi caso, porque yo no tengo papá. Me he quedado pensando en que el *Guatón*

le voy a preguntar dónde aprende tanto.

Miércoles 23 de noviembre

Hoy fui a la casa del Tato, saqué el carretón y partí a trabajar solo. Salí bien temprano. Ya está haciendo mucho calor y empujando el carretón transpiro como loco y tengo que andar tomando agua a cada rato, y después me dan ganas de hacer pipí. Cuando me dan ganas de hacer pipí, tengo que buscarme un árbol que esté bien escondido. Y francamente no me gusta. Sobre todo desde que el Sultán se puso un día a hacer pipí junto conmigo en el mismo árbol. Además, tengo que tener cuidado de que nadie vaya a verme.

Caminé por las calles de siempre y me fue bien. Trato, eso sí, de hacer las cosas tal y como mi Jefe dice que hay que hacerlas: saqué con cuidado los papeles de las bolsas y después las dejé bien cerradas. El Tato dice que es muy feo andar destruyendo el trabajo de las demás personas; que si las dueñas de casa se preocupan de dejar las bolsas de basura bien cerradas, nosotros no tenemos por qué dejar todo el desparramo, como si hubiesen andado perros rompiéndolas. El Tato dice que gracias a eso muchas personas nos dejan papeles guardados y, como saben que nosotros pasamos, nos entregan los papeles personalmente. Otras nos dejan los papeles fuera de las bolsas. Algunas señoras nos juntan los envases de los detergentes. Hay gente muy buena. Aunque sean ricos. Eso le digo yo a la Nilda, que más lo que habla que los ricos son unos egoístas y explotadores y aquí y allá. Yo le digo que está equivocada. Mi Jefe dice que de todo hay en la viña del Señor.

Pelusa 79

Bueno, y a propósito de señoras, una de ellas me preguntó por mi Jefe y yo le conté que estaba en la Posta y la

nidad por no preocuparse de estudiar. ¡Y tiene razón! Ahora que yo me preocupo de estudiar más todo, y que leo, he

señora puso una cara muy triste y me contagió la pena y casi me puse a llorar. Pero después pensé que ya estoy grande y decidí que lo mejor era seguir con mi trabajo. Eso sí que, antes de ir a mi casa, fui a vender los papeles donde va el Tato y me pagaron 1.800 pesos en total. Guardé 900 pesos que le corresponden a mi Jefe. Le di 500 a mi mamá y lo demás lo guardé en mi tarro, ya que hace tiempo que está sin plata.

En la tarde fui a la escuela y la señorita me preguntó por mi cuento. Yo le dije que mañana voy a llevarlo, porque ya lo tengo listo.

—¡Ya! —me contestó muy entusiasmada—. ¡Yo lo paso a máquina y después tú lo firmas!

Así es que estoy tratando de inventarme una firma bien encachada. Sí, porque la firma a uno lo acompaña toda la vida. He llenado varias hojas de esas que me dio el Tato, con mi nombre con letra chica, grande, gorda, flaca. Pero cuesta decidirse. A lo mejor firmo sólo con las iniciales. Mi mamá, que ahora está planchando, me mira y se ríe. Claro, ella no sabe lo serio que es esto. No sabe que voy a participar en un concurso y ni se imagina que su hijo está dando sus primeros pasos de escritor consagrado. Y digo así porque el otro día mi Jefe dijo que yo había nacido escritor, porque tenía un talento innato, y yo le pregunté qué significaba eso, y él dijo que es cuando uno nace con facilidad para algo. Y que como yo había nacido con la facilidad para escribir, entonces era escritor de nacimiento. Claro que me advirtió, y mientras lo hacía subía las cejas y movía su índice casi en mi nariz, que había muchos que nacían para ser escritores o músicos o arquitectos o profesores, y que perdían su oportu-

que yo me preocupé de estudiar más, y que así, aprendiendo muchas cosas nuevas. A propósito, le pregunté al Rolo dónde aprende tantas cosas de Dios.

—¡En la Biblia, que es el libro de Dios! —me dijo con cara de asombro.

Entonces yo le pregunté cómo era ese libro. Y el *Guatón* me dijo que era como un libro de Historia, pero que la historia trataba sobre la vida de Dios y de Jesús y de su familia. Es decir, su mamá y su papá. Me gustaría que el Tato no estuviera en la Posta para contarle lo que el *Guatón* me ha enseñado. Seguro que mi Jefe conoce el libro de Dios.

Jueves 24 de noviembre

Ha pasado algo muy triste. Un compañero de curso murió en un accidente. Tenía nueve años y se llamaba Javier. Las profesoras estaban todas llorando y los niños también. Mañana son los funerales y vamos a ir todos sus compañeros. La señorita me pidió que le escribiera unas palabras para decirlas en el cementerio. Yo no sé qué decir. El *Guatón* me recomendó que le deseara suerte a Javier en compañía de Jesús, pues los niños se van al cielo y se convierten en ángeles de Dios. Pero yo pienso que a su mamá no le debe de importar mucho que su hijo se convierta en un ángel de Dios, pues ella sólo querría que Javier esté a su lado. Igual que mi mamá y yo, que estamos muy tristes sin la Yenita y el Huguito. Claro que para la mamá de Javier debe de ser peor, porque ella no lo va a poder ver nunca más.

Fui a la Posta a ver a mi Jefe y todavía no puedo entrar. El caballero de blanco me dijo que el domingo lo trasladarán a sala común y que ese día lo podré visitar. Entonces, a mí se

Pelusa 79

me puso saltón el corazón. ¿Qué voy a hacer si el domingo también voy a ver a mis hermanitos?

Domingo 27 de noviembre

Hoy, en el recreo, le pedí al *Guatón* que me acompañara a entregarle el cuento a la señorita. Ella se puso muy contenta y me felicitó de antemano. No importa si no ganas, me dijo, es un orgullo para la escuela tener a un futuro escritor en sus aulas. Yo no entendí lo qué significaba la palabra «aulas», pero no le pregunté. Me dio vergüenza ser un escritor sin vocabulario, como dice el Tato que es la gente que no sabe el significado de las palabras. Sólo me quedé sonriendo porque supuse que lo que ella decía era algo bueno. Después de dejarla le pedí al Rolo que me acompañara a la sala a buscar el diccionario y vimos lo que significaba la palabra «aula». Leí: «aula, sala donde se enseña un arte o facultad». Después, nos quedamos largo rato leyendo palabras. Hasta que llegamos a la palabra «bullicio». Ahí el Rolo se puso a dar ejemplos de bullicio metiendo ruido, y se acabó el estudio. Entonces nos dimos cuenta de que habían tocado la campana y que nos habíamos quedado fuera de la sala. Por supuesto, la señorita se enojó mucho cuando golpeamos la puerta para entrar, y dijo que la próxima vez llamaría a nuestros apoderados.

Sábado 26 de noviembre

Hoy fui a la Posta a preguntar por mi Jefe y me dijeron que el lunes lo cambiarán de sala. Pregunté si podía visitarlo ese día, y el señor de la ventanilla me dijo que debía esperar hasta el miércoles, que es el día de visitas. Así es que estoy rogando a Dios que pasen luego los días, menos el día de mañana, que es el día de mis hermanos.

Hoy fuimos al parque con mis hermanos y mi mamá. Ellos están muy bien, sobre todo el Huguito, que yo encuentro que está más gordo. La Nilda también fue, pero nos dejó en el parque y partió al tiro de vuelta a su trabajo. Dijo que su patrona se enoja si se demora. Pero yo no le creí mucho, porque antes de salir la vi conversando con uno de sus amigos de la esquina, y no solamente eso, sino que también la tenía abrazada.

Lunes 28 de noviembre

¡Más contento no puedo estar! Cambiaron a mi Jefe de sala. En la mañana fui a saber noticias y me encontré con la sorpresa. El señor de blanco me anotó en un papel el número de sala donde ahora está: Sala 28. Cama 3. Piso 4.

En la tarde le conté la buena noticia al Rolo y me dijo que si yo quería, él me podía acompañar el miércoles a verlo.

—¡Ya! —le dije.

El Rolo se puso bien contento. Debe de ser porque va a conocer al Tato.

Miércoles 30 de noviembre

Tengo muy buenas noticias. ¡Es raro que todas las cosas pasen juntas!

Primera noticia: anoche metieron preso al Nelson. Lo pillaron robando en el negocio de la vuelta de mi casa. Parece que había una banda de ladrones, porque atraparon a varios dentro del negocio, justo cuando se iban yendo. Nosotros con mi mamá sentimos unos gritos y un tremendo bullicio y

Pelusa 79

salimos a mirar. En eso vimos el furgón de los carabineros y dos autos policiales, y después unas vecinas llegaron co-

niños no podían ingresar a las salas. Entonces yo le dije que no podía ser. Que el señor que había antes me había dicho

riendo y dijeron que se habían metido a robar al negocio de Don Pedro.

—¡Los pacos encontraron a los ladrones justo cuando se iban yendo! —gritaban.

Mi mamá y yo nos acercamos al negocio y alcanzamos a ver cuando los iban metiendo al furgón de carabineros. Entonces fue cuando mi mamá gritó «¡Nelson!», y yo me quedé paralizado mirándolo. Iba con las manos en la espalda y la cabeza agachada. Cuando sintió el grito de mi mamá, la levantó, pero parece que no pudo verla. Mi mamá me apretó el brazo y, acercándose a mi oreja, me dijo que mejor nos fuéramos a la casa. En el camino me tomó de la mano y pude darme cuenta de que temblaba. Cuando llegamos se sentó en una silla y se puso a llorar. Le pregunté si todavía lo quería, y ella me dijo que no. Pero que era muy triste ver a lo que había llegado el Nelson. Que todo era por culpa del alcohol y la marihuana. Dijo que también le daba mucha pena que el Huguito y la Yenita tuvieran un papá así, y más encima en la cárcel. Después se quedó mirándome y me pidió que nunca dejara de ser bueno. Yo le di un abrazo muy fuerte y mi mamá también, y después me tomó la cabeza con sus manos, siguió mirándome y me besó en la cara. Y mientras lo hacía le caían lágrimas por las mejillas. Después volvió a abrazarme y nos quedamos muy juntos, hasta que a ella se le pasó la pena.

Segunda noticia: fui a la Posta a ver al Tato. Lo hice solo, porque al Rolo no le dieron permiso. Llevé el papel que me dio el caballero de blanco muy guardado en el bolsillo de la camisa. Pero él no estaba, y ahí comenzó mi mala suerte. Cuando iba entrando, un señor de la puerta me dijo que los

que hoy tenían visita los enfermos. Él dijo que sí, pero que las visitas sólo son para los adultos. Me quedé muy callado, porque no sabía qué decir por esa injusticia tan grande. ¿Acaso los niños no necesitamos ver a los enfermos? ¿Cómo iba a quedarme sin ver a mi Jefe? Más encima que está tan solo, sin nadie que lo visite.

Entonces se me ocurrió esperar a que el señor estuviera distraído para meterme. Y fue justo cuando pasaron varias personas con unos paquetes y él les dijo que los paquetes se dejaban en una ventanilla y unas señoras se pusieron a reclamar y otros también empezaron a opinar, y eran tantos los que hablaban que el señor de la entrada se puso colorado y no sabía a quién dirigirse. Hasta que terminó gritando y dando manotazos en el aire. Ahí justito me metí y bien rápido, para que nadie me fuera a sorprender. Me fui caminando por un pasillo largo, muy largo, todo pintado de blanco, después subí las escaleras de dos en dos para llegar más rápido. Claro que a cada rato creía que me iba a encontrar con el señor de la puerta. Y hasta sentía que alguien me iba a detener por atrás. Llegué al cuarto piso súper acalorado. Caminé por un pasillo y comencé a buscar 25, 26, 27. ¡Sala 28! Me paré al frente y miré hacia adentro. Había muchas camas a lo largo. Por un lado y por el otro. No podía ver bien, pues había mucha gente visitando a los enfermos. Entré y comencé a buscar el número de cama que tenía anotado en el papel. Tres. Cama tres. Ahí estaba el Tato. Tendido. Con sus ojos muy cansados y tristes mirando las visitas del de la cama del lado. No pude contenerme, me acerqué a su lado y lo abracé.

Pelusa 79

Jueves 1 de diciembre

—¡Tato! —le dije—. ¡Te vine a ver!

El Tato se quedó mirándome largo, como si no me reco-

En la escuela la señorita nos hizo una clase especial. Es

nociera, pero luego sus ojos comenzaron a brillar, me sonrió y me apretó el hombro. Me di cuenta de que tenía marcas de inyecciones en los brazos. Con una de sus manos se limpió las lágrimas que corrían por su cara y se dio vuelta hacia la cama del lado, gritando:

—¡Mire, don Panchito! ¡Yo le dije que mi Rafa iba a venir a verme!

Don Panchito me saludó con la mano en alto y le sonrió al Tato mostrando una hilera de encías sin dientes. Me alegré de haberme metido a la mala. Y lo voy a volver a hacer, ahora que ya me sé el camino.

Antes de que terminara el horario de visitas, le entregué unas galletas que le compré y que escondí debajo de mi camisa cuando me di cuenta de que no se podía entrar con paquetes.

—¡Gracias! —me dijo mi Jefe—. ¡A veces me da hambre!

Y conversamos hasta que tocaron un timbre avisando que las visitas debían retirarse. ¡Tantos días sin conversar con el Tato! No hallaba qué cosas contarle, qué decirle, creo que al final no le dije nada. ¡Qué más da! Lo realmente importante es que pude entrar a verlo. Todas las personas se despidieron de sus parientes. Yo lo hice del Tato y de su amigo Panchito. Y le prometí a mi Jefe que volvería a verlo. Estoy pensando en ir mañana y meterme igual que hoy, aunque no sea día de visita. Así, mi Jefe va a sentirse más feliz y yo también, ya que estoy cansado de echarlo de menos.

En la escuela la señorita nos hizo una clase especial. Estuvimos hablando acerca de la muerte de Javier. Cada uno de nosotros dijo lo que sentía. Después, la profesora nos pidió que recordáramos alguna cualidad o defecto y también algo que hubiéramos compartido con Javier y lo anotáramos en unas hojas que ella nos dio. Nos quedamos muy callados escribiendo. Más callados que cuando hay prueba. Cuando terminamos, la señorita los leyó. Nos reímos mucho, porque nos acordamos de que Javier era muy bromista. Entonces una niña se paró y dijo que ella había estado enojada con Javier mucho tiempo por una broma que él le había hecho, y que ahora le gustaría que estuviera presente para decirle que su broma no había sido tan pesada. Fue cuando yo levanté la mano y dije que debíamos aprovechar el tiempo que teníamos para compartir. La señorita dijo que eso estaba muy bien. Y comenzamos a abrazarnos y prometimos ser un curso muy unido. El más unido de toda la escuela. Nunca me había sentido así. Con tantos amigos.

En la mañana, después de ir a trabajar, fui a la Posta a ver al Tato. Quise entrar, pero no pude, porque el señor de la puerta estaba solo y me reconoció y me dijo que no intentara meterme de nuevo, o si no, llamaba a los carabineros. Decidí que no me iban a vencer los obstáculos y fui a ver si había otras puertas. Descubrí una cerca del estacionamiento donde los médicos dejan sus autos. Tiene una puerta angosta y no hay mucha vigilancia. Solamente hay un señor que está en una caseta y que también atiende un teléfono, y a veces parece que va a las salas. Me quedé vigilando hart rato para ver bien cómo es la cosa. Así es que mañana voy a

Pelusa 79

tratar de entrar por ahí. Hoy no pude. De tanto esperar, se me hizo tarde para ir a la escuela.

día de visitas, también es el día de mis hermanos. ¡Y no sé lo que voy a hacer! A lo mejor podría dejar a mi mamá con ellos

Mi mamá ha estado un poco rara. Hoy llegó bien tarde después de ir a dejar la ropa lavada. Dijo que se había retrasado el bus. Pero estaba muy contenta. Hasta cantaba. Yo encontré bien curioso que cantara después de estar una hora esperando el bus, como ella dijo. Siempre cuando le pasa eso llega súper mal genio, reclamando por los buses, los choferes, y hasta por los estudiantes que se quedan por ahí vagando sin irse a sus casas.

Mañana tengo prueba de Ciencias Sociales, así es que no escribiré más y me pondré a estudiar. Echo tanto de menos a mi Jefe. Con él estudio tan bien. ¡Seguro que con él aquí yo me sacaría un siete en la prueba!

Viernes 2 de diciembre

En diez días más terminan las clases. La señorita dijo que todos los niños pasarán de curso. ¡Por fin pude terminar el año tranquilo! Le conté a mi mamá y le pregunté si seguía pensando en que nos íbamos a ir a Coquimbo. Dijo que no estaba bien segura, pero que posiblemente no. Yo pienso que debe de ser porque el Nelson está preso, pero no le dije nada, porque a mi mamá no le gusta que se hable del Nelson. De la misma forma como no le gusta que se hable de mi papá.

Fui a ver a mi Jefe. Pero tuve muy mala suerte. Traté de entrar por la puerta que estuve vigilando ayer, pero cambiaron de señor y el de hoy no se movió ni una sola vez. ¡Me dio más rabia! Y también me dio rabia con los que mandan en la Posta. Deberían permitir visitas todos los días. Así, los enfermos se mejorarían antes. Más encima, el domingo, que es el

que voy a hacer. A lo mejor podría dejar a mi mamá con ellos un rato e ir a ver a mi Jefe. Pero capaz que mi mamá se enoje conmigo y me diga que yo tengo preferencias por el viejo del Tato y se ponga a hablar como hace tiempo que no lo hace. En todo caso, creo que voy a arriesgarme y proponérselo.

Sábado 3 de diciembre

¡Hablé con mi mamá! Y nada sucedió como yo esperaba. Mi mamá se quedó muy tranquila y me dijo que yo podía hacer lo que quisiera. Que si quería ir a ver al Tato, fuera, porque ella iba a traer a los niños para que pasaran la tarde en la casa. Así es que mañana me voy a levantar bien temprano y la acompañaré a buscar a mis hermanitos. Después de almorzar voy a ver a mi Jefe. ¡Como sea me meto!

Ahora estoy solo. Mi mamá fue donde la tía Viole. Dijo que no me preocupara si se demoraba. Estoy jugando con el Sultán, que anda muy pulguiento. Le dije que le iba a comprar un collar especial para perros con pulgas que vi en el supermercado. Y también estoy pensando en cortarle el pelo, porque lo tiene muy largo y crespo; se le pega todo. Después lo voy a bañar y va a quedar como el rey que es. Y a mí también van a dejar de picarme las pulgas.

Mi mamá llegó. Viene cantando. No sé qué le ha dado a mi mamá por cantar. Lo único malo es que canta tangos y canciones de antes y me acuerdo del Tato y me da pena.

Un rato después

Mi mamá me convidó un pedazo de un chocolate que se compró. Por ese motivo paré de escribir.

Pelusa 79

Parece que las cosas están mejor. Mi mamá está tranquila. Ya no llora. Yo estoy súper contento, porque voy a pasar

—¡Ah! —dijo él—. ¡Lo dan de alta! Pues vas a tener que esperar harto rato, porque los enfermos se van después de las

de curso. El Tato se está mejorando. Lo único malo es que mis hermanitos se encuentren en un Hogar. Pero mi mamá dice que para la Pascua, a lo mejor los puede traer por tres días a la casa.

Domingo 4 de diciembre

Estuve con mi Jefe. Me costó hartó entrar, pero lo logré. Me dijo que vuelve a la casa mañana. ¡Estoy tan feliz! Le pregunté a qué hora va a salir y me dijo que no sabía. Entonces yo le dije que iría a esperarlo.

—¡No te preocupes! —me dijo con cara de alegría—. ¡Yo me voy solo!

Pero igual lo voy a ir a esperar. El Tato no es solo. Me tiene a mí. Yo soy como su hijo. Eso es lo que dijo él y, como hijo, tengo que cuidarlo.

Mis hermanitos estuvieron aquí toda la tarde. Mi mamá fue sola a dejarlos y dijo que después iría a comprar algunas cosas para mañana. Pero ya es muy tarde. Son las nueve y no ha llegado. ¿Dónde estará?

Lunes 5 de diciembre

Tengo noticias buenas y noticias malas.

Las buenas primero: el Tato ya está en casa. En la mañana me levanté bien temprano, como a las cinco de la mañana, y me fui a la Posta a esperarlo. Estuve mucho rato mirando para adentro, hasta que el señor de blanco me preguntó a quién esperaba y yo le expliqué que a mi amigo, que salía hoy.

once.

Así es que ahí me quedé. Pero no quise moverme ni un solo momento, aunque casi me morí del hambre, pues no tomé desayuno. De repente el Tato apareció caminando por el pasillo. Cabizbajo, parecía más arrugado que nunca y tenía su mirada muy triste, pero cuando me vio se puso contento. Levantó un brazo para saludarme. Al atravesar la puerta de vidrio que separa el interior del exterior, me di cuenta de que traía una receta en una de sus manos.

—Tengo que retirar estos remedios en la ventanilla —me dijo mientras me revolvía el pelo. Y así lo hicimos, pero sólo le dieron dos de los tres que le había indicado el doctor. Del otro no había.

—Tiene que comprarlo —le dijo la señorita.

El Tato se quedó callado y guardó la receta en el bolsillo.

—¡No importa! —dijo—. Con dos remedios basta.

Entonces yo le dije que le tenía un dinero guardado y que debía tomarse todos los remedios que le había dado el doctor.

—¡Pero ésa es tu plata! —me dijo— ¡Tú la ganaste!

Yo le dije que no. Y tuve que enojarme, porque el Tato no quería ocuparla.

—Es tuya —le dije—. Por el carretón. ¿Qué haría yo sin el carretón?

Entonces mi Jefe se quedó callado y dejó que le fuera a comprar los remedios. Cuando llegamos a la casa yo le dije que mejor que se acostara. Se nota que el Tato quedó bien débil con la enfermedad. Se acostó calladito, sin reclamar ni un poco. Más encima, la tos no se le ha pasado totalmente.

Pelusa 79

La noticia mala: mi mamá anoche llegó acompañada del tío Ramiro. ¡El *Metete!* ¡Ése mismo! Cuando lo vi entrando a

—¿Y por qué? —le pregunté cada vez más sorprendido.

—No sé —me respondió, encogiéndose de hombros.

Entonces yo le dije que eso no se haga con un amigo

mi casa, no podía creerlo. Me quedé mirándolo con la boca abierta y mi mamá se dio cuenta, porque me dijo que la cerrara. El tío del Rolo se trató de hacer el simpático. Me preguntó cómo iba la escuela y por los poemas. Y a mí me dio rabia que supiera mis cosas y le pregunté quién le había dicho que escribía poemas, y él me dijo que Rolandito. ¡Le voy a pegar al Rolo! ¡Qué tiene que andar contando mis cosas a un extraño a mi familia! Después, mi mamá le sirvió té con unas galletas que traían en una bolsa. ¡Eran deliciosas, crujientes! ¡Se notaba que estaban fresquitas! Pero todo el gusto rico de las galletas se ponía amargo con la presencia del *Metete* en mi casa. A cada rato le decía a mi mamá que ella era una perfecta dueña de casa, y mi mamá se reía por todo. ¡Claro, ella no le ve los ojos a ese tipo! ¡No como se los veo yo, porque yo veo clarito las intenciones que tiene! En un momento me quedé bien serio para que vieran mi disgusto, pero ellos siguieron conversando y no me miraron más. Antes de irse, el *Metete* me dijo que el domingo nos encontrábamos en la casa del Rolo y que íbamos a jugar a la pelota, como la primera vez. Entonces mi mamá le contestó, como si él le estuviera preguntando, que iríamos sin falta.

Hoy, en la escuela, conversé con el *Guatón*, aunque de verdad, lo único que quería era romperle la narizota esa que tiene y también la bocota, para que no ande hablando de lo que no le corresponde. Le pregunté si él sabía que su tío *Metete* y mi mamá eran amigos. Y el muy traidor, sin ningún remordimiento de conciencia, dijo que sí.

—¡Claro! —me dijo—. Pero yo no te podía contar. El tío Ramiro me pidió que no te dijera nada todavía. Tu mamá no quería que supieras.

Me dijo que el Nelson le había pedido perdón por todo lo que había hecho y que también le había contado que tenía para muchos años en la cárcel, porque los delitos eran

Entonces yo le dije que eso no se hace con un amigo. Que él tenía la obligación de contarme. Que para eso justamente eran los amigos del alma, como él decía que éramos. Ahí el Rolo se enojó y dijo que él había hecho una promesa y que no podía romperla. Y también me dijo que yo era un tonto. Que su tío Ramiro era bueno y que, si se casaba con mi mamá, yo por fin iba a tener un papá que me cuidara.

—¡Yo no necesito un papá! —le grité—. ¡Ya tengo a mi Tato! Además, ninguno de los papás que me ha traído mi mamá ha resultado bueno.

Entonces el Rolo se quedó bien callado y yo también. Y ni siquiera nos despedimos. Cada uno se fue para su lado. Y en la clase ni hablamos, a pesar de estar sentados uno al lado del otro. Pero es que a mí me da una rabia que el Rolo sea tan inocentón. Él cree que sólo por ser su tío, el *Metete* es bueno. Después que viva con nosotros va a ver que no es así. Cuando empiece a pegarle a mi mamá y a mis hermanos. Yo lo sé. Porque el Nelson, primero, era de lo más bueno, y después... Claro que a éste no lo voy a dejar. Ningún otro les volverá a pegar a mi mamá y mis hermanos. Ya estoy grande y puedo defenderlos.

Miércoles 7 de diciembre

Mi mamá fue a ver al Nelson a la cárcel. Después de todo lo que nos hizo... Pero ella dice que había que hacerlo para ver cómo estaba y que, después de todo, él era el papá del Huguito y la Yenita.

—¿Y lo viste? —le pregunté.

—Sí —me respondió. Y su voz estaba triste.

Pelusa 79

Viernes 9 de diciembre

Salimos con mi Jefe. Me sentí tan contento de andar nue-

grandes.

Entonces mi mamá me dijo que de vez en cuando le iba a llevar cigarros, porque el Nelson no tenía familia que lo visitara. No pude evitar acordarme del Tato. Y sentí algo de compasión, pero igual no me gustaría verlo de nuevo por mi casa. Y no sé si está bien o mal, pero sigo contento de que esté en la cárcel.

Yo pensé que no iba a ver al *Metete* hasta el domingo, pero resulta que hoy también vino para la casa. Menos mal que parece que andaba apurado, porque se fue casi al tiro. Mi mamá lo fue a dejar a la puerta y se quedaron conversando un rato. Cuando ella entró, yo me atreví y le pregunté si el tío del *Guatón* se iba a venir a vivir aquí.

—¡No! —me contestó mi mamá.

Entonces me quedé tranquilo. Claro que no mucho. El Tato siempre ha dicho que en corto tiempo pueden pasar muchas cosas. A propósito, le conté a mi Jefe lo del *Metete* y me dijo que era muy pronto para que yo me preocupara, que primero tenía que conocerlo bien y después preocuparme. ¡Pobre mi Jefe! ¡Es tan bueno! En la mañana, cuando llegué a su casa, él estaba durmiendo. Saqué el carretón sin hacer mucho ruido y me fui a trabajar. Cuando llegué de vuelta el Tato ya estaba en pie. Me dijo que mañana me va a acompañar. Pero estaba tan pálido que a lo mejor no podrá salir.

vamente con él. ¡Llegaba a sentir livianito el carretón! Y no me importaba nada que la rueda se nos trancara de vez en cuando. Muchas señoras lo saludaron muy alegres y le preguntaban por su salud. Hasta el Sultán estaba feliz. Corría y saltaba delante de nosotros. Pero el Tato está muy débil. Casi no habló en todo el camino y respiraba mal. Por eso, después de andar más o menos una hora, nos fuimos a la casa. El Tato se tomó uno de sus remedios y se recostó. Después conversamos un poco sobre el libro que estoy leyendo. *La Rebelión de los Robots*. La verdad, la verdad, éste no es un libro como los demás. Uno debe ir escogiendo los caminos que le dan a elegir. Si escoge mal, a uno le va mal con la historia y hasta pueden matarlo, yo creo, y si escoge bien seguro resulta triunfador. El Tato me preguntaba qué caminos había elegido. ¡Estoy muy preocupado de saber si elegí el camino correcto, ya que me falta poco para el final! A veces me dan ganas de comentarlo con el *Guatón*, porque antes de la pelea yo le conté del libro. Pero el problema es que no quiero hablarle. Por ser un amigo infiel.

Hace dos días que ando mirando a una niña que anda con otras paseándose en el recreo. Me gusta verla reír y conversar con sus amigas. Tiene el pelo castaño y usa un cintillo blanco. A veces ella también me mira, pero luego se acerca a sus amigas, se ríen y se van. Entonces yo me quedo solo. Lo único malo es que creo que es de un curso más que yo. Seguro debe de pensar que soy un tonto grandote por estar en cuarto básico.

La próxima semana salimos de vacaciones. Y el 23 de diciembre en la mañana va a ser el acto de Navidad. La

Pelusa 79

señorita dijo que ese día entregarán los resultados del concurso literario. Y que el cuento ganador va a participar en un gran concurso nacional de cuentos de niños escolares. To-

Guatón no encontró nada mejor que darme unas píldoras para el dolor de cabeza. «¡Pobre niño!», decía y todos se quedaban mirándome. Para peor, a mí se me atascó la píldora en

gan concurso nacional de cuentos de niños escolares. Todas las escuelas chilenas mandaron sus cuentos. ¡Sería grandioso si ganara el concurso! ¡El Tato se pondría tan feliz! ¡Sería el mejor regalo de Navidad!

Domingo 11 de diciembre

Hoy fue un día muy difícil. Sí, así creo que se puede describir. Me vi obligado a compartir con el *Metete* y también con el Rolo. En la mañana fuimos a buscar a mis hermanitos y en la tarde el *Metete* nos llevó a la casa del *Guatón*. Yo le rogué a mi mamá que me dejara en la casa o, si no, en la casa del Tato. Pero mi mamá se puso súper pesada y me dijo que no. Que ese día íbamos a salir todos juntos. Y para mi desgracia, justo en ese momento llegó la Nilda y se acabó la conversación. La Nilda se entusiasmó con la salida y dijo que ya estaba bueno que cambiáramos de ambiente.

El papá y la mamá de mi amigo traidor siguen siendo los mismos. Pero el *Metete* está cada día peor. Para más remate, ahora empezó a preguntarme por el Tato. Si estaba mejor y cosas así. Entonces yo le dije que el Tato era como mi papá y que yo me preocupaba de que estuviera bien. Le dije, además, que nadie podría ocupar el lugar de mi amigo. Que nunca nadie en el mundo entero podría reemplazarlo. Sí. Por si acaso piensa que es muy fácil ser mi amigo.

Con el Rolo no quise hablar. Y tampoco salí a jugar a la pelota. A uno no lo pueden obligar a estar donde uno no quiere. El papá del *Guatón* me preguntó qué me pasaba, pero mi mamá no dejó que yo contestara. Se adelantó y dijo que yo estaba un poco resfriado. Entonces la mamá del

la garganta, se rompió y me quedé con la boca amarga toda la tarde. Más encima, como a las cinco, mi mamá fue con el *Metete* a dejar al Huguito y la Yenita al Hogar y yo tuve que quedarme con la Nilda esperando. La Nilda se entretuvo conversando con la mamá del Rolo y yo me quedé súper aburrido viendo tele. Cuando llegaron, tomamos once y ahí sucedió lo mas vergonzoso de la tarde. El papá del Rolo le pidió a Dios que se me pasara el enojo con «Rolandito» y que nos hiciera una familia feliz. Mi mamá se quedó mirándome y yo sentí que me ardía la cara.

Ya casi de noche todos nos vinimos a la casa en el taxi del *Metete*. La Nilda se bajó antes para irse a su trabajo. Cuando llegamos, éramos sólo los tres. Antes de entrar, el tío del *Guatón* se dio vuelta y me quedó mirando.

—Rafael —me dijo—. Quisiera tener tu aprobación para venir a visitar más seguido a tu mamá. Yo sé que tú eres el hombre de esta casa. Me sentiría muy tranquilo si me dices que sí.

Yo me quedé mudo. La verdad, no sabía qué decir. Entonces miré a mi mamá. Ella estaba sonriendo y me miraba también esperando mi respuesta. Vi que por primera vez en su vida ella estaba feliz. Así es que no me di ni cuenta cuando le respondí al *Metete* que no me iba a oponer. Él me dio la mano y a mi mamá le dio un beso en la mejilla para despedirse. Me sentí un poco raro después de todo eso. Entramos y mi mamá me dio las gracias. Decidí que esto había que escribirlo antes de que se me olvidaran los detalles, y eso es lo que estoy haciendo.

Pelusa 79

Lunes 12 de diciembre

conversarme de su tío Ramiro. Dice que sufrió mucho cuando murió su esposa y que está muy contento de haber cono-

En la escuela estamos haciendo todos los preparativos para la fiesta de fin de año. La señorita dijo que el día de la entrega de certificados debíamos ir todos muy ordenados, con nuestros uniformes completos. No faltó el pajarón que preguntó si ese día había que llevar cuadernos. Y todos nos pusimos a reír y a mí todavía me dura la risa. Con el Rolo no hablamos. A mí se me está pasando la rabia, pero parece que ahora el más enojado es él.

Con el Tato salimos a trabajar. Y bien temprano, para no andar en la calle con tanto sol. Pero mi Jefe parece que está más enfermo que antes. Yo le dije que mejor se quedara en cama, porque así se mejora bien para que pueda ir conmigo a la escuela el día en que repartan los certificados. Pero siempre me responde que no me preocupe por eso. Que él sabe que yo soy un buen alumno. Y que, si no puede ir, igual se sentirá orgulloso de mí. Le estuve conversando de mi disgusto con el *Guatón*, y el Tato me dijo que debía pensar muy bien lo que hacía y que no era bueno ser rencoroso.

—Además —me dijo—, no creo que el Rolo haya actuado con mala intención.

Hoy vi a la rubiecita. Supe que va en quinto.

Miércoles 14 de diciembre

Las cosas hay que aclararlas: decidí hablar con el Rolo. La conversación fue larga, pero amistosa. Creo que los dos reconocimos nuestros errores, porque finalmente pudimos amigarnos y prometimos no disgustarnos nunca más por cosas de los grandes. El Rolo aprovechó la oportunidad para

cido a mi mamá. Y también me conto que el otro día estuvo conversando con su papá y le preguntaba cuánto salía construir una pieza. El *Guatón* dice que parece que su tío se quiere casar con mi mamá. Pero yo le dije que mi mamá no iba a llevar a vivir a nadie a la casa. El Rolo entonces me dijo que su tío tiene una casa muy bonita y que ésa es la casa que está pensando agrandar. Y que, si es así, para algo será.

He pensado mucho en eso. Pero tengo miedo. Me da miedo tener un papá desconocido. De todas maneras, voy a investigar lo que más pueda acerca de él. El Rolo ya no me va a ocultar nada, porque en eso quedamos. Y así voy a ir sabiendo, como dice mi Tato, el curso de los acontecimientos.

Jueves 15 de diciembre

Estoy muy preocupado. Mi Tatito no está nada de bien. Hoy no pudo ir conmigo a trabajar. Cuando volví me quedé con él y no fui a la escuela. Total, ya casi no hacen clases. Mi Jefe se quedó dormido y, cuando despertó, tenía mucha fiebre. Los remedios no le hacen efecto y tampoco quiere seguir tomándolos.

Mi mamá no ha llegado. Creo que voy a tener que pedirle ayuda, porque no sé qué hacer. Ojalá llegue luego.

La misma noche horas más tarde

Mi mamá llegó con el *Metete* y yo le conté lo que le pasaba al Tato. Entonces él dijo que lo fuéramos a ver, porque a lo mejor se estaba agravando. De pronto, me sentí

Pelusa 79

muy contento de que el *Metete* estuviera con nosotros. Salimos en el auto mi mamá, él y yo. Cuando llegamos, el Tato estaba acostado. Decía cosas muy raras y parecía que creía que todavía estaba en la escuela. Mi mamá me dijo que

su hermana. Entonces el tío *Metete* dijo que íbamos a ir a su casa para buscar su dirección y avisarle.

Cuando llegamos a la casa del Tato, todo me pareció

que todavía estaba en la cárcel. Yo traté de que me viera. «¡Tato!», le decía, «¡Tato!», pero no hubo caso. Entonces, el tío del *Guatón* lo levantó y lo subió al taxi. Yo me senté al lado de mi Tato. Por el camino le fui diciendo que no se preocupara, que se iba a poner bien. Pero de pronto me dio mucha pena verlo tan pálido y tan caliente, y me puse a llorar.

En la Posta tuvimos que esperar mucho rato para que lo atendieran, pues llegaban muchas personas heridas y a los enfermos los dejaban para después.

El tío del *Guatón* se acercó a la ventanilla para dar los datos del Tato. Él parece que sabe mucho de estas cosas, porque se le ocurrió buscarle en los bolsillos al Tato y le encontró su carné. Heriberto Guzmán se llama, y yo no lo sabía. Cuando lo llamaron, entre el *Metete* y yo lo dejamos en la Sala de Atención. El doctor dijo que nos retiráramos. El Tato se quedó solo adentro. Yo, lo único que quería era estar con él, y no me dejaron. Al rato después, el doctor salió y llamó al *Metete*.

—El señor Heriberto se queda —le dijo—. ¿Son ustedes sus parientes?

—No —contestó el tío *Metete*.

Entonces el doctor dijo:

—Debe venir un familiar, porque el señor está mal.

—Bueno —respondió mi mamá. Y me tomó del hombro para salir de ahí. Entonces yo me devolví y fui a la sala donde se había quedado mi Jefe. Pero él ya no estaba.

De vuelta a casa, el tío *Metete* me dijo que el Tato estaba muy enfermo y que tenían que cuidarlo mucho y me preguntó si yo conocía a algún familiar suyo. Yo me acordé de

muy raro. Estaba tan sola y desordenada. Busqué debajo de su cama y encontré sus cuadernos, varias cartas y tarjetas. Por suerte había tres direcciones. Mi mamá dijo que tendríamos que ir a todas para poder ubicar la de su hermana. Así es que partimos. La primera era de un señor abogado. La segunda resultó ser la de su hermana. Cuando me vio, me reconoció enseguida.

—Hola —me saludó—. ¿Qué pasa?

El tío *Metete* se acercó y le dijo que se trataba de su hermano. La señora nos hizo pasar. Su casa es grande y alfombrada y tiene adornos y cuadros muy lindos. Después de conversar con ella, nos vinimos todos a la casa.

Estoy muy preocupado. Capaz que lo dejen en la Posta hasta después de la Pascua y no pueda estar con él. Eso le dije al tío *Metete* y él me dijo que yo debía estar tranquilo. Que dejara todo en manos de Dios. Que era muy importante confiar en Él.

Así es que le estoy pidiendo a Dios que cuide al Tato. Que por favor no lo deje solo y que me ayude a entrar a verlo mañana. Porque ahora sé que nadie podrá impedirme que lo visite.

Viernes 16 de diciembre

Hoy me levanté muy temprano y me fui a la Posta a ver a mi Tato. Pero fue imposible hacerlo. El señor de la ventanilla me dijo que estaba en una sala en la Unidad de Cuidados Intensivos y que ahí sólo entran los doctores que lo atienden.

Pelusa 79

Me vine a mi casa caminando. No pude aguantar y me puse a llorar en la calle. Y también seguí llorando mientras le contaba a mi mamá lo de la sala especial para los que están

mos sin vender el jueves pasado. Me sentí muy mal. Sobre todo porque la casa de mi Jefe estaba tan diferente. Habían sacado su cama y la mesa, y había muchas sillas que no eran

graves. No tengo ganas de nada. Fui a la escuela solamente porque es el último día de clases y la señorita pidió que no faltáramos al ensayo del acto de fin de año. Pero todo me parece extraño. Tengo miedo. No sé qué hacer. Mi mamá dijo que le iba a pedir al tío *Metete* que mañana en la mañana fuéramos a la Posta a averiguar más. Ojalá no se le olvide.

Lunes 19 de diciembre

El Tato se murió. El viernes. Nos dio la noticia el mismo señor de blanco que estaba cuando yo iba a saber de mi Jefe. Mi mamá estaba conmigo y también el tío *Metete*. Yo me quedé como pegado al suelo y el cuerpo entero se me enfrió. Mi mamá me tomó del brazo y me sacó afuera. Me dijo que mejor me sentara en uno de los bancos que hay en la entrada. Entonces, yo me puse a llorar. Y aunque no quería hacerlo, no podía aguantar. Le dije a mi mamá que quería entrar a verlo y ella me respondió que no, que en esos casos nadie puede entrar.

Nos vinimos a la casa. El tío *Metete* fue en el taxi a avisarle a la hermana de mi Tato. Mi mamá me dio un remedio y me pidió que me acostara. Cuando desperté, no sabía si la muerte de mi Jefe era una pesadilla o era cierto, pero después supe que era verdad, porque mi mamá, en cuanto me sintió, me fue a ver. Entonces me dijo que iban a velar al Tato en su casa. Que ya lo iban a traer. Me levanté lo más rápido que pude, pero mis brazos y piernas estaban muy torpes. Mi mamá me acompañó a la casa de mi Jefe. Cuando iba llegando vi su carretón y la ruma de papeles que deja-

sacado su cama y la mesa, y había muchas sillas que no eran de él arrimadas a la pared. Dos coronas de flores esperaban en la puerta. Entré y me senté en una de las sillas.

Al rato llegó el vehículo donde traían a mi Tato. De él bajó mi tío *Metete* y la hermana de mi Jefe. La señora me miró con sus ojos muy tristes y por primera vez me di cuenta de que los tenía iguales a los del Tato. Me puse a llorar y me abracé a ella. Y yo no sé por qué. Ella entonces me habló.

—Estaba muy enfermo —me dijo—. Habría sufrido mucho si hubiese vivido más.

Me dieron deseos de gritar. De llamarlo. De saber dónde está y también de preguntarle si él podía sentir lo que me estaba pasando. Pero sólo lloré y lloré. Cuando por fin dejaron el ataúd en el centro de la pieza, me acerqué a mirarlo. El Tato estaba durmiendo. Sonreía tranquilo. En paz.

Todos estos días han sido muy tristes. Muchos desconocidos han llegado hasta su casa. Conocí a algunas personas que decían que eran sus parientes, y a algunos amigos. El Rolo y su familia también vinieron al entierro, y la señorita de la escuela. Y la tía Viole.

Ahora ya pasó todo. El Tato se fue al cielo, donde lo cuidará el mismo Dios. Eso me dijo el Rolo. Y yo creo que sí, porque mi Jefe era muy bueno. El más bueno de todos. Mi Tato querido.

Ahora voy a dormir. Mañana iré a la casa de mi Jefe a buscar su carretón para pintarlo. Otra vez color naranja. Y seguiré recogiendo papeles, porque ése es mi trabajo. Soy cartonero.

Pelusa 79

Miércoles 21 de diciembre

En las últimas mañanas he despertado muy temprano y a

desde donde está, me está cuidando. Sí. Eso dice el Rolo: «Tu Jefe debe de estar cuidándote».

veces pienso que debo apurarme, porque el Tato me está esperando. Pero de repente me acuerdo de que él no está. Entonces todo es diferente. No me dan ganas de salir y me quedo en la cama acostado pensando en él. Y me acuerdo de sus palabras y de todo lo que me enseñaba. Miro el cuaderno que me regaló. Le quedan sólo unas pocas hojas. Duró casi lo mismo que el Tato para mí. Pero nunca lo voy a olvidar. ¡Jamás! ¡Jamás!

Jueves 22 de diciembre

Echo tanto de menos al Tato, que no sé qué voy a hacer. A veces no puedo aguantar las ganas de llorar. Sólo quiero estar solo, sin que nadie me haga preguntas ni trate de consolarme diciendo que ya todo pasará.

Hoy vino su hermana y me trajo su caja de cuadernos.

—Toma —me dijo—. Esto es tuyo. Mi hermano así lo hubiera querido. Sólo tú sabes el valor que tiene esto.

Entonces yo recibí la caja del Tato. Pero la guardé. Quizás cuando pasen unos años pueda leer lo que hay en ella. El Tato me dijo que las cosas que había escrito eran cosas de grandes. Prefiero esperar a crecer para verlas. Por ahora estarán ahí, debajo de mi cama.

Mañana es el acto de fin de año en la escuela. Mi mamá está planchando mi ropa y el tío *Metete* dijo que iba a venirse como a las cinco para que no lleguemos atrasados. Mi mamá está contenta, pero también parece preocupada por mí. Yo le digo que estoy bien. Que no se preocupe, porque mi Jefe,

Viernes 23 de diciembre

Me quedan tan pocas hojas en el cuaderno, que voy a escribir con letra bien chica para que me alcance.

¿Estará bien decir que me siento orgulloso? Gané el concurso literario. Fue muy, muy emocionante.

Ya casi lo había olvidado. Pero en la mitad de la ceremonia la directora pidió silencio y atención a los niños y a los padres para dar a conocer al ganador del concurso.

—¡Rafael Fuentealba! —dijo.

Y yo no podía creerlo. Cuando me paré, toda la escuela comenzó a aplaudir. Mi mamá, que estaba sentada a mi lado, me apretó el brazo y me dijo que fuera a buscar mi diploma. Mientras caminaba, sólo pensaba en el cuento. En la divertida historia de los marcianos que se pierden dentro de unas matas de zarzamoras, y en todo lo que nos reímos con el Tato mientras lo corregíamos. Todo. Todos aquellos momentos alegres se me vinieron a la mente. Cuando salíamos muy temprano a buscar papeles, y después en la tarde, cuando nos juntábamos a estudiar. Cuando me regaló las zapatillas y el diccionario, y también cuando fuimos a comprar el libro al supermercado. Y también cuando se enojó porque yo miré su caja, y cuando recogimos al Sultán y me dio para leer *La Isla del Tesoro*. Cuando se puso tan contento con mi visita en la Posta. Y el cuaderno. Cuando me regaló mi cuaderno. Entonces empecé a sentir que las lágrimas corrían por mi cara. El ruido de los aplausos comenzó a alejarse, mientras la sonrisa y los ojos del Tato se acercaban más y más. Cuando llegué al escenario, parecía que estaba recién despertando.

Pelusa 79

La directora me abrazó y me felicitó por mi premio. «Debes decir algo», me dijo. Me quedé mirando a los que en silencio esperaban que yo hablara.

al Hijo de Dios. Después, le dimos gracias a Dios por las cosas buenas. Y también le pedimos favores. Yo pedí por

—Gracias —pude pronunciar apenas—, pero este premio no es mío. Es de mi amigo Tato.

Entonces se me ocurrió que el Tato me estaba escuchando y que ésa era mi única oportunidad de decirle algo. Y le hablé.

—Tato, ¿ves como tu amigo Rafa está de contento? Es por ti. Por todo lo que me ayudaste.

Todos aplaudieron. Mi mamá, la Nilda y el tío *Metete* me estaban esperando de pie cuando me fui a sentar, y al pasar por los asientos me encontré con la mirada de la rubiecita de la escuela. Ella también estaba sonriendo.

Después fuimos a comprar pasteles y a buscar a mis hermanitos. Ellos van a pasar la Pascua con nosotros. Vamos a ir a la casa del *Guatón*. El Huguito está durmiendo a mi lado. Y mi mamá duerme con la Yenita. La Nilda volvió a su trabajo, pero dijo que vendrá mañana en la noche.

Sábado 24 de diciembre

Hace poco llegamos de la casa del Rolo. Todo estuvo muy hermoso. La mamá del *Guatón* hizo pan de Pascua y una rica cena. Había bebidas y regalos para todos. Y un gran pino en el centro del living, adornado con luces y una estrella en la punta. Abajo un pesebre, con la Virgen y San José y los pastores y Reyes Magos. Y en medio de todos ellos el Niño Dios con los brazos extendidos hacia adelante. Al lado estaban los regalos. ¡Nunca! ¡Nunca en mi vida había tenido una Navidad tan especial! El papá del Rolo leyó de la Biblia la parte en que el ángel le anuncia a la Virgen que va a tener

mis hermanos y por mi Tato. Le pedí a Dios que lo cuide. Que se lo lleve con Él al cielo, aunque él no se haya portado muy bien cuando tomaba. Y me acordé del Nelson. Y también pedí por él. Para que se mejore y se transforme en una buena persona.

Comimos todo con muchas ganas. Mi mamá y el tío *Metete* estaban muy alegres y los papás del Rolo, también.

Después todos nos paramos y mi mamá les entregó sus regalos a la Yenita y al Huguito. Yo recibí de ella una polera, y la Nilda también.

Pero hubo un regalo muy especial. Un regalo que yo no esperaba. El regalo del tío *Metete*.

Y era un cuaderno. De ésos grandes, con tapa dura y con las hojas de distintos colores.

—¡Para que sigas escribiendo! —me dijo él.

Entonces yo lo abracé. Y sentí sus brazos fuertes apretando mi cuerpo y me sentí confiado.

Volví a mirar mi regalo. Entonces vi el otro cuaderno. Éste. Este hermoso cuaderno que un día me regaló mi Tato y que ya está completo. El cuaderno que se convirtió en mi primer Diario de Vida.

Un cuaderno grande, verde, con una estrella brillante en el centro.